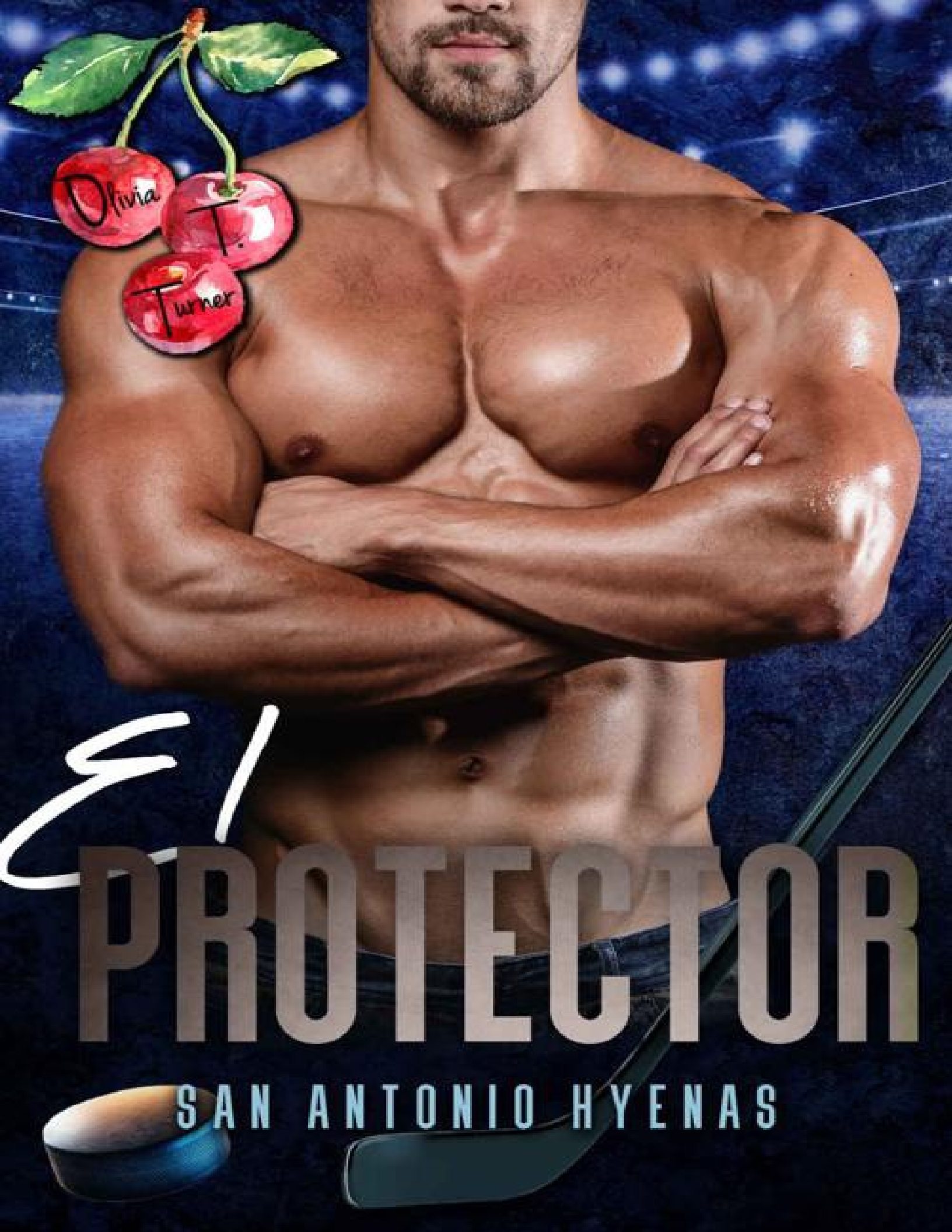

Olivia T. Turner
El
PROTECTOR
SAN ANTONIO HYENAS

EL PROTECTOR

SAN ANTONIO HYENAS
LIBRO 2

OLIVIA T. TURNER



Copyright© 2025 por Olivia T. Turner.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo correo electrónico, fotocopias, impresión, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora.

Para solicitudes de permiso, envíe un correo electrónico a Olivia@oliviatturner.com.

¡Gracias por apoyar mi trabajo!

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con eventos reales, negocios, empresas, lugares o personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

www.OliviaTTurner.com

ÍNDICE

El Protector

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Epílogo
Epílogo

Otras Obras
Otras Obras

EL PROTECTOR

Es malo.
Y gruñón.
Cuando está en el hielo, es el jugador más violento de todos.
Pero hay algo en él que no puedo quitarme de la cabeza.
Hay una dulzura oculta bajo ese exterior rudo y brutal.
Un niño pequeño asomándose que quiere salir a jugar.
Nunca pensé que estaría con alguien como Tucker McKinstry.
Pero una vez que atravieso esa dura y áspera coraza, no puedo imaginarme estar con nadie más.

Ella es arcoíris y sol, él es oscuro y malhumorado. Ella es pura sonrisas, él es puro ceño fruncido. Pero de alguna manera, encajan perfectamente.

¡Una historia de amor Gruñón/Solecito te espera! Segundo libro de la serie Los Hienas de San Antonio protagonizado por el jugador más duro del hockey y la chica que roba su corazón. Amor instantáneo en su máxima expresión, sin infidelidades y con un final feliz supertierno siempre garantizado.

Para todas las mujeres que no soportan ver hockey pero no pueden dejar de leer sobre los jugadores de hockey.



CAPÍTULO UNO

Tucker

2:00

Dos minutos hasta que termine mi penalización.

Dos minutos hasta que me liberen.

Dos minutos hasta la violencia despiadada e implacable.

Mi pulso se acelera mientras veo a los jugadores patinar frente a mí. Harris roba el disco y se escapa.

El número diecinueve lo derriba. Le da un codazo justo en la frente. Otra jugada sucia.

Aprieto los dientes mientras el público reacciona.

Harris cae sobre una rodilla y se agarra la frente. Empieza a sangrar. Los árbitros no hacen nada.

El público local ruge indignado mientras Harris patina hacia el banquillo, con sangre deslizándose por un lado de su cara.

El médico del equipo se pone manos a la obra, cosiéndolo en el acto.

Aprieto y abro los puños una y otra vez, esperando mi momento mientras el público abuchea.

Odian a los Seattle Centaurs tanto como yo.

Son conocidos por jugar sucio. Siempre están buscando problemas.

Bueno, estoy a punto de ponerles fin.

1:43

Estoy atrapado en el banquillo de penalizaciones después de golpear a uno de esos imbéciles en la oreja. Placó demasiado fuerte a nuestra estrella Sebastian Kemp. Me lo tomé como algo personal.

Todos saben que soy el matón de este equipo.

Estoy aquí para proteger a todos estos hombres: Harris Sutton, Austin Gambill, Edvard Svensson, pero especialmente a Sebastian. Deberían saber que está fuera de límites cuando estoy

en el juego.

Ya casi es hora de enseñarles esa lección para siempre.

1:37

El partido continúa. El público se pone nervioso cuando Clint Maddock salta al hielo.

Es el segundo tipo más duro de la liga.

Yo soy el primero.

Mis ojos entrecerrados están fijos en el gigante mientras patina hacia adelante con una sonrisa en su fea cara. Se dirige directamente hacia la espalda de Austin.

El público estalla cuando se estrella contra el novato y lo manda volando. Me quedo inmóvil mientras veo a Austin deslizarse de hombro contra las tablas. Maddock patea el palo de Austin, alejándolo.

—¿¡Qué demonios fue eso!? —grita el entrenador Moss al árbitro que patina casualmente cerca—. ¿¡Dónde está la falta!?

El público se está animando. El estadio vibra de energía.

Con cada segundo que disminuye mi penalización, aumenta la emoción.

1:19

Solo llevamos seis partidos de la temporada, pero saben de lo que soy capaz. Saben por qué el nuevo propietario me fichó para la franquicia. Saben lo que aporto y, como los romanos sedientos de sangre viendo a los gladiadores a punto de luchar a muerte, no pueden esperar por la sangre.

Aprieto la mandíbula mientras veo a esa bestia de Maddock dirigiéndose hacia el sueco. Svensson es rápido, pero aún no está acostumbrado a cómo jugamos en Norteamérica. No son tan despiadados en Europa.

Svensson se amontona frente a la portería del equipo contrario. Alguien lo empuja. Svensson le devuelve el empujón.

Maddock se abalanza sobre él y le da un cabezazo. El sueco cae al suelo.

:57

Estoy inmóvil, pero hay un fuego ardiendo dentro de mí mientras estoy sentado aquí en el banquillo de penalizaciones.

Estoy hirviendo.

Soy un volcán a punto de estallar.

:54

El disco vuela por encima del cristal y el árbitro hace sonar el silbato.

Hay otra pelea antes de que el juego se reanude.

Las líneas cambian. Sebastian entra.

Aprieto la mandíbula cuando veo a Maddock mirándolo.

El árbitro deja caer el disco y los jugadores estallan en acción.

Maddock se dirige directamente hacia Sebastian, embistiendo como un toro rabioso, pero

Kemp es rápido y escurridizo. Es bueno esquivando golpes y evitando cualquier impacto. Maddock se estrella contra las tablas, sacudiéndolas violentamente mientras Kemp patina ileso.

Voy a *destruir* a ese hijo de puta.

Va a estar comiendo puré de manzana con una pajita durante los próximos tres meses. Todos sus ingresos se usarán para pagar facturas de hospital.

:37

Maddock carga contra Sebastian de nuevo.

Es un enorme bloque de músculo, pero los bloques de músculo no se mueven muy rápido, y Sebastian patina pasando junto a él. Maddock balancea su palo con frustración y golpea fuerte el tobillo de Kemp. Se tambalea pero no cae.

Gruño mientras un fuerte latido retumba en mis oídos.

Sebastian roba el disco y se dirige hacia la portería.

Estamos con un jugador menos gracias a que mi trasero está sentado en el banquillo de penalizaciones, pero las Hyenas están tan llenas de talento que aún los tenemos contra las cuerdas.

:21

Sebastian pasa el disco a Austin. Austin se lo devuelve.

Maddock se estrella contra Austin en medio del hielo, haciéndolo caer de culo.

El público grita indignado. Los árbitros no hacen nada.

Es hora de mostrarle a esta bestia quién es el verdadero alfa en el hielo. Es hora de ganarme el sueldo. Es hora de infligir violencia.

:11

Sebastian tira a portería. El disco rebota en el palo del portero y sigue en juego.

Mi corazón late con intensidad mientras miro el reloj de penalización.

Pero ni siquiera lo necesito.

El público cuenta regresivamente por mí.

—¡Diez! ¡Nueve! ¡Ocho!

Austin va por el disco y supera al defensa. Lo engancha en su palo y se lo pasa de vuelta a Sebastian.

—¡Cinco! ¡Cuatro! ¡Tres!

Sebastian echa su palo hacia atrás, listo para desatar un tiro fulminante, pero Maddock llega un segundo antes que el disco.

Lo golpea directamente en la mandíbula con el hombro.

Sebastian sale volando y cae de espaldas, con los brazos agitándose en el aire.

—¡Dos! ¡*Uno!*

El público ruge más fuerte de lo que jamás he oído mientras salto del banquillo de penalizaciones y aterrizo en el hielo.

Maddock se vuelve hacia mí con una sonrisa.

Aprieto los dientes y dejo escapar un gruñido animal mientras arrojo mis guantes y cargo contra él.

Él lanza sus guantes al hielo y me encuentra a medio camino, con los puños en alto y sonriendo.

¿Por qué mierda está sonriendo este tipo?

¿Acaso no sabe quién soy? ¿No sabe lo que está a punto de suceder?

Bueno, ya se va a enterar.

Los árbitros de repente se dan cuenta de que están trabajando y patinan para detenernos.

Me giro hacia el que viene hacia mí y le lanzo una mirada de advertencia. Cuando sigue acercándose, le gruño como un animal salvaje. Eso es suficiente para hacerlo retroceder con los ojos muy abiertos.

El árbitro que se dirige hacia Maddock no tiene tanta suerte. Maddock lo empuja con una mano y cae de culo.

La multitud está encendida cuando nos ponemos en posición y comenzamos.

Nos enfrentamos con *fuerza*. Agarro su camiseta y lanzo un puñetazo tras otro, conectando golpes salvajes y brutales en su ojo, su frente, su mejilla, su mandíbula.

Él está haciendo lo mismo. Tiene agarrada mi camiseta y me está golpeando igual, estrellando esos grandes y viciosos nudillos en mi cara una y otra y otra vez.

Es una batalla de voluntades. Una prueba de fuerza.

¿Quién va a caer primero?

No voy a ser yo.

La multitud se cansa antes que nosotros. El sonido de los gritos disminuye mientras continuamos golpeándonos hasta convertirnos en pulpa, golpeándonos hasta que apenas podemos levantar los brazos.

Hay sangre por todas partes. La siento goteando por mi cara. La siento cubriendo mis nudillos, salpicando todo el hielo cada vez que conecto un golpe.

Pero no me detengo. Esto es una cuestión de orgullo. No voy a caer.

Sigo siendo el puto Tucker McKinstry. Sigo siendo el rey de esta jungla helada.

No siento ningún dolor. Nunca lo hago hasta más tarde. Mucho más tarde cuando comienza la hinchazón.

Toda mi concentración está en tratar de infligir la mayor cantidad de violencia. En extraer la mayor cantidad de sangre.

Estoy concentrado en dominar.

Estoy concentrado en *ganar*.

El agarre de Maddock en mi camiseta se afloja. Está respirando pesadamente y apenas puede lanzar más golpes.

Está casi acabado.

Obtengo una segunda oleada de adrenalina.

Mi agarre se aprieta. Mi puño se cierra con más fuerza.

Lo golpeo con un duro uppercut, poniendo todo mi cuerpo en ello. Él gruñe mientras su cabeza se echa hacia atrás. Su casco sale volando. Rebota en el hielo mientras conecto de nuevo, esta vez en su mejilla. Hace un sonido gutural mientras un nuevo corte se abre en su piel.

Sus piernas se doblan con el siguiente golpe.

Uno más y estará fuera.

Lanzo mi famoso derechazo circular con toda la fuerza que puedo. Conecta con su mandíbula.

La multitud deja escapar un jadeo colectivo cuando escuchan el crujido incluso desde los asientos más baratos. Sonrío mientras veo sus ojos ponerse en blanco y su energía desvanecerse.

Se desploma sobre el hielo, inconsciente.

La multitud estalla en vítores cuando está tendido en el suelo, con los brazos y las piernas extendidos como si estuviera a punto de hacer un ángel de nieve.

Es hora de mi movimiento característico.

Me agacho y agarro su patín.

Estoy sangrando por varios lugares mientras patino hacia el banco de los Centauros, arrastrando a la bestia inconsciente detrás de mí.

La multitud me da una ovación de pie, gritando tan fuerte como pueden mientras lo dejo caer frente al banco de los Centauros y luego me dirijo directamente al banco de penalizaciones sin que me lo digan.

Sebastian está sacudiendo la cabeza, riendo mientras me ve ir. El otro equipo no se está riendo. Todos mantienen sus ojos preocupados en mí mientras se mantienen fuera de mi alcance.

—¡Tucker! —grita una mujer, golpeando el cristal mientras paso patinando.

Me giro hacia ella y levanta su cartel.

¡Sal conmigo Tucker! ¡¡Te amo!!

Está saltando de arriba abajo mientras paso patinando.

No, gracias.

Es bonita y parece bastante agradable, pero no quiero tener nada que ver con ella ni con ninguna otra chica.

No me interesa el amor.

No me interesa nadie.

Los monstruos como yo están hechos para estar solos.

Es simplemente mejor así.

Me deslizo hacia el banco de penalizaciones y tomo mi asiento habitual en el banquillo.

La multitud todavía está rugiendo de emoción mientras el árbitro patina y cierra la puerta, encerrándome en mi jaula.

—Cinco minutos —dice antes de hacer sonar su silbato y alejarse patinando.

La sangre está goteando por toda mi camiseta y guantes.

Veo las manchas rojas en el hielo y exhalo larga y profundamente.

Ese fue mi desafío más duro hasta ahora.

Pero sigo siendo el mejor defensor de esta liga.

Todavía estoy a cargo.

Y cualquiera que quiera el título tendrá que quitármelo de mis manos muertas y ensangrentadas.

O morirá intentándolo.

5:00

CAPÍTULO DOS

Jane

—¿Entonces, es como... elegante?

—¿Tucker? —pregunta Alina con una risa—. ¡Para nada! Piensa en un hombre de montaña con ropa de segunda mano. Vaqueros viejos y una camisa de franela. Botas desgastadas. Ese tipo de cosas.

—¿Entonces por qué quiere remodelar tres armarios? —pregunto mientras miro por la ventana la preciosa mansión por la que estamos pasando.

—Ganó ocho millones de dólares el año pasado —dice Alina mientras reduce la velocidad en la señal de stop—. Solo hay tantas camionetas que un hombre puede comprar. ¿En qué más se supone que debe gastar su dinero? Además, yo estaba presionándolo mucho. Creo que aceptó solo para que me callara.

—Hmm —digo mientras miro por la ventana esta increíble calle. Las casas son una locura. ¿La gente realmente vive en estas? ¿Cómo sería eso?

No tengo ni una milésima parte de lo que esta gente tiene, pero al menos siento que tengo suficiente. Siempre estoy agradecida por lo que tengo. ¿Cuántos de ellos pueden decir lo mismo?

—Se metió en una pelea infernal en el partido de anoche —dice Alina lanzándome una mirada—. Estaba *por todas partes*. Se volvió viral en línea y se repetía una y otra vez en los programas deportivos. Sebastian dijo que fue la mejor pelea en la historia del hockey.

—Nunca entenderé por qué los jugadores de hockey tienen que pelear —digo, sintiéndome terrible por él—. ¿No pueden simplemente jugar y divertirse?

—Pelear *es* divertido para estos tipos —dice Alina con una risita—. No has conocido a Tucker.

No sé, simplemente no veo la necesidad de violencia en un juego. ¿Cuál es el punto de lastimarse unos a otros?

—Puede que esté un poco magullado cuando lleguemos —advierte Alina.

Empiezo a sentir tensión en el pecho. No me gusta ver a la gente herida. Respiro hondo e intento superarlo. Alina me ha dado una gran oportunidad y no quiero decepcionarla.

Nuestra empresa hace armarios personalizados en Colorado y Alina fue elegida para liderar la nueva división aquí en San Antonio. Es una oportunidad aún mayor para ella. Podría haber elegido a cualquiera en la oficina para traer con ella para ayudar a establecerla, pero me trajo a mí.

No sé por qué. Yo solo era la recepcionista. Siento que estoy completamente fuera de mi elemento y ni siquiera hemos hecho nuestra primera visita a domicilio todavía.

Estamos de camino ahora.

He estado memorizando los manuales de la empresa sin parar y familiarizándome con todos los diferentes diseños y materiales, pero me doy cuenta de que mucho de ello tendrá que aprenderse en el campo. Simplemente voy a tener que ensuciarme las manos y hacerlo.

—¿Esta es su casa? —pregunto mientras Alina se detiene frente a una gran puerta de hierro negro con las letras TM talladas en el medio.

—Esta es —dice mientras baja la ventanilla y presiona el botón del intercomunicador.

Nadie responde. Lo presiona de nuevo.

—Probablemente esté fuera —dice mientras marca el código—. También me dio el código de su puerta principal para que podamos trabajar cuando esté en el entrenamiento. Dijo que preferiría no verme en absoluto.

Se ríe, pero yo frunzo el ceño.

—Eso fue grosero.

Ella se encoge de hombros. —Nos está dejando rediseñar tres de sus armarios. No me quejo.

La puerta de hierro se abre con un chirrido y Alina entra.

Esta casa no se parece a las otras de la calle. Es igual de grande, pero no hay hermosos jardines llenos de flores coloridas o plantas gigantes bordeando la propiedad. Es oscura y lúgubre. Le falta el toque femenino.

Mis nervios comienzan a alterarse mientras Alina conduce por el largo camino privado de adoquines y se estaciona en la parte circular del camino de entrada. Cinco puertas de garaje. Vaya.

—Entonces, veremos los armarios e intentaremos diseñar al menos uno hoy —dice Alina mientras abre su puerta—. ¿Suena bien?

—¡Suena genial! —digo mientras salto fuera, esperando poder ser de utilidad.

Agarramos algunos suministros del maletero: cintas métricas, un taladro eléctrico, muestras de pisos y madera para los estantes. Cosas así. Y luego nos dirigimos a la puerta principal.

—¿No vas a tocar? —pregunto mientras Alina ingresa el código.

Ella se encoge de hombros. —No está en casa. Habría respondido en la puerta.

Trago saliva mientras entro en la casa oscura y húmeda. Todas las cortinas están cerradas. Los muebles son escasos. Una habitación en la que echo un vistazo no tiene nada en absoluto.

—Oh, vaya —susurro cuando veo el tamaño de sus botas embarradas junto a la pared. Podría meter mis dos pies en una al mismo tiempo.

—Sí, es un tipo grande —dice Alina con una risa—. Me alegro de que esté protegiendo a mi Sebastian y no usándolo como blanco de práctica como antes.

¿Blanco de práctica? Oh, cielos. Creo que nunca he visto hockey, es demasiado violento para mí, pero no pensé que fuera tan malo.

—El primer armario está en el sótano —dice Alina—. Supongo que empezaremos allí y el último armario que renovaremos puede ser el de su dormitorio principal. De esa manera, si metemos la pata en el primero, estará en el sótano y con suerte no se enojará demasiado.

—De acuerdo —digo nerviosamente mientras la sigo hacia las escaleras.

Pasamos por la cocina y echo un vistazo.

Hay una bolsa de hielo derretida en el mostrador y algunas latas de cerveza vacías junto al fregadero. Es una cocina hermosamente hecha, pero hay algo triste en ella. Tal vez sean las persianas cerradas que la oscurecen o el hecho de que no hay imanes divertidos ni nada más en el refrigerador. Solo desearía que hubiera un jarrón con flores en la mesa o algunos letreros pintados a mano colgados en las paredes. Todas las paredes están pintadas de gris y no hay *nada* en ellas.

Estás aquí por los armarios, me digo a mí misma. *No por el resto de la casa.*

Alina abre la puerta del sótano y bajo con ella. Aquí abajo es aún más deprimente. No es más que un montón de equipos de gimnasio, sacos de boxeo y equipo de hockey tirado por todas partes.

—Bonito, ¿verdad? —dice Alina con una risa cuando ve mi cara—. Eso es solo Tucker. Lo entenderás cuando lo conozcas.

No creo que quiera conocerlo.

Espera, eso no es justo. Solo estoy nerviosa. Siempre intento darle una oportunidad a todo el mundo.

Todos merecen al menos eso.

—*Vaya* —susurro cuando veo la barra en el banco de pesas. Hay tanto peso en ella que me sorprende que todo no se haya derrumbado. No pensaba que fuera posible que alguien fuera tan fuerte.

—La habitación está por aquí —dice Alina mientras camina alrededor de un monstruoso artilugio de acero y me hace señas para que me acerque.

—Oh —digo cuando entro en la habitación. Hay un colchón desnudo en el suelo con un saco de dormir desordenado encima. Nada más. Ni siquiera cortinas en la ventana—. ¿Esta es la habitación de invitados?

—No puedo imaginar que Tucker tenga muchos invitados —dice Alina mientras abre el armario. Ambas nos estremecemos cuando miramos dentro. Hay una barra de acero oxidada que recorre el interior para colgar ropa y nada más. Dos tristes perchas dobladas cuelgan de la barra.

—¿Lista para empezar el trabajo número uno? —pregunta Alina con un movimiento de cejas. Levanta el taladro eléctrico y presiona el botón dos veces. *Bzzz. Bzzz*—. El primero de muchos, espero.

—¡Hagámoslo!

Me meto y sostengo la barra mientras Alina la desatornilla.

—Estoy pensando en roble rojo para aquí —dice mientras se mueve al otro lado y comienza a desatornillar—. Una estantería aquí. Algunos cajones. Queremos que sea funcional pero también elegante.

Estamos en proceso de contratar a nuestro propio equipo de la zona. Ya he estado recopilando currículos.

Una vez que diseñemos los armarios, nuestro jefe, el Sr. Seinfeld, enviará un equipo experimentado de Colorado para ayudarnos a entrenar a los nuevos y a instalar los armarios.

—Cuidado —dice Alina cuando la barra se suelta. La agarro y accidentalmente la golpeo contra la pared varias veces antes de poder maniobrarla para sacarla. Hace un estruendo cuando la dejo caer al suelo.

—¿Cuál es su presupuesto para todo esto? —pregunto mientras Alina examina el interior.

—Oh mierda, olvidé preguntar.

Oímos fuertes pisadas bajando las escaleras y ambas nos giramos hacia la puerta con un trago de saliva.

—¡Vaya, escogieron la casa equivocada para robar! —ruge una voz profunda y estruendosa.

Ambas damos un paso atrás mientras oímos los pasos atronadores de Tucker acercándose rápidamente.

De repente aparece en la puerta, llenando todo el marco con su cuerpo masivo. Jadeo de sorpresa cuando lo veo. Es aterrador.

Sus enormes manos están apretadas en puños tan grandes que parecen capaces de triturar rocas. Su bata gris está abierta y no lleva nada más que calzoncillos debajo. No puedo evitar que mis ojos asombrados recorran su cuerpo. Sus muslos musculosos son los más gruesos que he visto jamás. Su estómago tiene un poco de suavidad pero también algo de definición. Mis ojos se detienen por un segundo en su enorme pecho cubierto de vello antes de subir a su cara.

Vaya por Dios.

Está hinchado, ensangrentado y magullado, y parece que acaba de sufrir una larga noche de dolor. Mi corazón se encoge cuando veo el daño en todo su rostro.

—¡Tucker! —dice Alina con voz alegre aunque tensa—. Qué gusto verte de nuevo. ¿Me recuerdas? Soy Alina, la prometida de Sebastian. Estoy aquí para empezar con tus armarios.

Él entorna sus fríos ojos marrones sobre ella y gruñe. —¿No sabes llamar?

—Tocamos el timbre en la puerta —dice ella con una gran sonrisa—. ¡No pensamos que estuvieras en casa! ¡Lo siento!

—Son las nueve de la mañana, ¿dónde demonios más iba a estar?

—No tienes por qué ser *grosero*. —Lo digo antes de poder contenerme.

Esos intensos ojos marrones se posan en mí por primera vez. Lucho contra el impulso instintivo de retroceder y, en su lugar, enderezo la columna y le devuelvo la mirada.

No puedo leer su expresión, sobre todo porque tiene la cara hecha un desastre. El puente de su nariz está hinchado y uno de sus ojos está tan rojo e hinchado que está casi cerrado. Tiene el labio hinchado y algunas marcas rojas y moretones más en las mejillas y la frente.

—Déjame manejar esto —susurra Alina mientras da un paso adelante—. No te molestaremos, Tucker. ¡No te daremos ningún problema! Apenas notarás que estamos aquí.

—Ya me están molestando —gruñe con voz profunda y retumbante—. Tirando metal y haciendo ruido.

—No hemos tirado nada —digo, dando un paso adelante. Sé que debería seguir el ejemplo de Alina, pero no puedo contenerme. No me gustan los matones—. Accidentalmente dejamos caer un tubo de metal, pero intentaremos tener más cuidado de ahora en adelante.

Sus ojos se entrecierran al mirarme. Los míos se entrecierran al mirarlo a él.

—Tal vez este sea un mal momento —dice Alina mientras nos mira a mí y a él alternativamente—. Podemos volver mañana.

—Mañana también es un mal momento.

Resoplo. Este tipo es increíblemente grosero. —¿Contrataste a Alina para renovar tres de tus armarios? —pregunto en un tono firme.

Exhala larga y pesadamente mientras me mira fijamente. —No los quería. Ella me los metió por la garganta.

—¿Te los metió por la garganta? No creo que haya una persona en el planeta que pueda meterte nada por la garganta. ¿Le diste el código de tu puerta? ¿De tu puerta principal?

—Sí —gruñe a regañadientes.

—Entonces déjanos hacer el trabajo para el que nos contrataste —digo con la barbilla en alto.

—No te arrepentirás —dice Alina, interviniendo—. Serán hermosos. Elegantes, funcionales y lujosos. ¿Y sabes quién lo apreciará realmente? —Levanta las cejas de arriba abajo de manera sugestiva—. ¡Una futura novia o esposa!

—No quiero ninguna de las dos —gruñe.

Alina se ríe nerviosamente. —Vale. ¿Un novio?

—Nadie.

—¿Qué tal un gato?

Él solo la mira fijamente.

—Bueno, aun así te gustarán para ti mismo. Puedes colgar todas tus bonitas camisas de franela aquí abajo.

—Fuera. Ahora.

—De acuerdo —dice Alina mientras se agacha para recoger sus herramientas.

—Espera —digo mientras pongo una mano en su hombro—. No nos vamos a ninguna parte.

Me giro y me enfrento al bruto con una mirada severa.

—Estás siendo increíblemente grosero ahora mismo.

Él se burla. —¿No es el cliente siempre el que tiene la razón?

—No cuando se está comportando como un idiota —digo—. Nos contrataste para un trabajo. Vinimos aquí a hacer un trabajo y lo vamos a hacer.

Alina me mira como si hubiera perdido la cabeza. No me importa. No voy a dejar que este matón sea grosero con nosotras y se salga con la suya. No hemos hecho nada malo.

—Siento que te hayamos despertado, pero no es razón para ser tan grosero. Nos debes una disculpa a ambas.

Me mira fijamente, intentando hacerme flaquear, pero sostengo su mirada agria y le devuelvo la mirada de forma desafiante.

—No creo que sea necesaria una disculpa —interviene Alina.

—Sí que lo es —digo en un tono cortante. Cruzo los brazos mientras nos fulminamos con la mirada.

—Me está martilleando la cabeza —gruñe mientras se da la vuelta—. No necesito esto. Terminen rápido y mantengan el silencio.

Sale furioso de la habitación y sube las escaleras pisando fuerte.

Alina me mira con la boca abierta de deleite cuando él cierra la puerta de un portazo en lo alto de las escaleras.

—¡Jane! —exclama, golpeándome el brazo juguetonamente—. ¡Mírate! ¡Salió corriendo de aquí! —Estalla en carcajadas—. ¡Sabía que había traído a la persona correcta! Soy una gerente genial.

Todavía estoy alterada mientras sacudo los brazos para relajarme y respiro profundamente. Aún estoy molesta porque no se disculpó, pero tendré que dejarlo pasar. Estoy aquí para hacer un trabajo, no para hacer un nuevo amigo.

—Volvamos al trabajo —digo con el pecho oprimido.

Empezamos a sacar las muestras y a revisar algunos diseños. Intento concentrarme en el trabajo, pero el recuerdo de esos ojos marrones oscuros sobre mí sigue haciendo que se me corte la respiración.

No dejo de pensar en esas manos apretadas en puños y ese pecho grande y poderoso. Despierta algo profundo en mí.

Algo que preferiría mantener encerrado.

Algo que no será más que problemas.

CAPÍTULO TRES

Jane

—¿Qué es todo esto? —dice Alina cuando pasamos por la cocina de camino a almorzar.

La mesa larga está puesta para dos y hay un plato lleno de sándwiches de jamón y un bol de patatas fritas en el centro.

Alina recoge el pequeño trozo de papel y se ríe mientras me lo muestra.

Lo siento.

Está garabateado a lápiz.

—¿Es para nosotras? —pregunta Alina mientras mira la comida. La casa parece vacía.

—Eso creo.

—¿Crees que lo habrá envenenado?

—No —digo mientras me acerco a la ventana y abro las persianas. Sabía que tenía algo bueno en su interior. Todo el mundo lo tiene. Abro el resto de las persianas y cortinas hasta que el sol brilla como en una cocina normal y agradable, y no como en la cocina aterradora de una película de terror.

—No puedo creer que lo hayas convencido de hacer todo esto —dice Alina mientras nos sentamos a la mesa—. Vamos a formar un equipo de miedo.

Cada una coge un sándwich triangular y brindamos con él.

Me pregunto cómo le irá a Tucker mientras Alina empieza a hablar de Sebastian otra vez. Habla mucho de él. Creo que está un poco obsesionada.

Me alegro por ella, pero a veces puede ser demasiado. Sobre todo teniendo en cuenta que mi vida amorosa es inexistente. He tenido opciones, pero... no sé. Nunca he sentido esa chispa con nadie. Ese tipo de chispa intensa que Alina siente por Sebastian.

Terminamos el almuerzo y luego limpiamos los platos.

—Volvamos a la oficina por el resto del día —dice Alina mientras cierra el lavavajillas—. Quiero empezar a organizar algunas entrevistas para nuestro equipo.

—Vale —digo mientras miro de reojo las escaleras—. Solo quiero...

—¿Qué?

—Dar las gracias. Por el almuerzo.

Su mandíbula cae. —¿Quieres subir ahí? ¿Estás loca?

—No —digo rápidamente—. Solo quiero dar las gracias.

Su cara se transforma en una lenta sonrisa como si algo se le estuviera ocurriendo. —Oh, ya veo. Te gusta.

—¡¿Qué?! No.

—Claro —dice con una risa—. Te espero en el coche. Tómate tu tiempo.

—Solo son unas gracias. Es de buena educación.

—Lo que tú digas —dice Alina con una risita mientras se dirige a la puerta principal.

Niego con la cabeza, respiro hondo y camino hacia las escaleras.

¿Es una mala idea?

Probablemente, pero mis pies empiezan a subir las escaleras como si tuvieran voluntad propia.

Mi corazón late con fuerza cuando llego al pasillo, me detengo e intento escuchar. No oigo nada.

—¿Tucker? —llamo. Sigue sin haber respuesta.

Empiezo a preocuparme. Sus heridas parecían bastante graves. Quizás haya pasado algo. Tal vez necesite mi ayuda.

Me dirijo al pasillo y echo un vistazo al dormitorio principal. Está más amueblado que el resto de las habitaciones, con una cómoda, una chimenea y una cama enorme con sábanas grises desordenadas. *Dios mío, ¿todo es gris con este tipo? Esta casa necesita desesperadamente un toque de color.*

—¿Tucker?

La luz de su baño privado está encendida. Realmente no debería estar aquí, pero tengo que ver si está bien. ¿Y si ha entrado en coma o algo así? Me sentiría horrible si le pasara algo y me fuera sin ayudar.

Abro la puerta y me dirijo al baño.

—¿Tucker? —digo mientras miro dentro—. ¿Estás bien?

Está tumbado en la bañera con auriculares en los oídos. Mi cerebro me dice que me vaya, pero mi cuerpo me mantiene clavada en el sitio. No puedo apartar los ojos de él.

Parece cómicamente grande en esa bañera. Sus grandes piernas peludas y sus fuertes brazos cuelgan fuera. La parte posterior de su cabeza descansa sobre el borde de cerámica con los ojos cerrados. Parece tan pacífico. Tan tranquilo. Quiero ver más de este lado suyo.

El agua está turbia por el jabón, así que no se ve nada que no debería verse.

—¿Tucker? —digo un poco más fuerte mientras llamo al marco de la puerta.

Sus ojos se abren lentamente y se gira hacia mí. Su ojo derecho está completamente hinchado

ahora. Dudo que pueda ver algo con él.

Me mira mientras se quita los auriculares de los oídos. No dice nada.

—Lo siento... No debería estar aquí. Lo sé, pero solo... quería darte las gracias por el almuerzo. Fue un detalle.

Traga saliva y luego asiente ligeramente. —Siento haber sido grosero.

—Está bien —digo, sintiendo que mis mejillas se sonrojan—. Puedo ver que estás teniendo una mañana difícil. ¿Te duele la cara?

Se encoge de hombros. —Sobreviviré.

—¿Has limpiado las heridas?

—No.

—¿Puedo hacerlo por ti? —pregunto.

Parece genuinamente confundido. —¿Por qué?

—Cuando me raspaba la rodilla de niña, mi madre siempre me la limpiaba. Siempre es un poco más fácil cuando alguien te ayuda a sanar, ¿no crees? El año pasado me corté la mano mientras cocinaba y realmente deseé que mi madre estuviera allí para ayudarme.

Se pasa una mano mojada por su desordenado pelo castaño y me da un pequeño escalofrío al ver su enorme tríceps. Este hombre debe ser la persona más fuerte que he conocido jamás.

—¿Dónde está tu botiquín? —pregunto.

—Debajo del lavabo —dice tras un largo momento—. A la altura de tus rodillas.

Me agacho y lo saco. Cojo un poco de pomada y algunas vendas y me acerco.

—Quizás puedas... —digo mientras le lanzo una toalla de mano. La atrapa y la coloca sobre su zona íntima por si el agua no está lo suficientemente jabonosa para cubrirlo todo.

Mojo un paño en el agua y lo acerco a su ceja ensangrentada. Ni siquiera se inmuta ni hace un ruido mientras lavo las escamas de sangre seca.

—Parece que esto realmente duele —digo, sintiéndome horrible por él.

—No siento el dolor como la mayoría de la gente —responde.

—¿Cómo es eso? ¿Porque eres muy duro?

Se encoge de hombros. —Cuando has sentido suficiente dolor en tu vida, todo empieza a volverse insensible.

Quiero que elabore, pero no lo hace.

—¿Cómo ocurrió esto? —pregunto mientras le limpio la mejilla. Ya escuché la versión de Alina, pero me interesa más la suya.

—¿Me metí en una pelea?

—¿Con qué? ¿Un gorila?

La comisura de su labio se curva ligeramente. ¿Fue eso una sonrisa? ¿Casi?

—Más o menos.

—¿Cómo quedó *él*?

Exhala mientras cierra los ojos. —Peor. Mucho peor.

Niego con la cabeza mientras mojo el paño en el agua y empiezo a limpiar suavemente la sangre seca de su sien. Su cabeza es enorme. Todo en él es enorme.

—¿Nunca te dijo tu madre que usaras tus palabras? —pregunto mientras saco un poco de ungüento del botiquín—. Pelear no está bien.

—Supongo que yo no soy bueno —dice mientras me mira con su único ojo sano.

Le devuelvo la mirada. —Supongo que no.

Finalmente baja la mirada y suspira. Humedezco una bolita de algodón con un poco de ungüento y lo aplico en el corte a lo largo de su línea del cabello.

—Pero realmente no creo eso —digo mientras aplico en otro corte detrás de su oreja—. No tenías que hacernos sándwiches y lo hiciste. Eso fue amable.

No responde.

—Puedes hablar las cosas con la gente —digo, sonando ingenua incluso a mis propios oídos —. No tienes que pelear.

—Sí, tengo que hacerlo —gruñe—. Está en mi contrato.

Suspiro mientras me echo hacia atrás y lo miro. —Nunca entenderé el hockey.

Esta vez sonríe de verdad. Hace que mi corazón dé un pequeño vuelco.

—¡Jane! —grita Alina desde el pie de las escaleras—. ¿Estás bien allá arriba? ¡Haz cualquier tipo de ruido si quieres que llame a la policía!

—¡Bajaré en un segundo! —le grito, sintiéndome frustrada por la interrupción. Me vuelvo hacia Tucker y le sonrío—. Debería irme. ¿Estarás bien?

—Sí.

—¿Necesitas algo de la farmacia? ¿Más vendas o algo? ¿Hielo tal vez?

—¿Por qué eres tan amable conmigo? —pregunta, mirándome como si realmente tratara de entender.

Me encojo de hombros y sonrío. —Porque es bueno ser amable. No necesito más razón que esa, ¿verdad?

Simplemente me observa mientras me pongo de pie y coloco el botiquín en el lavabo.

—Bueno, pues... supongo que te veré mañana.

Asiente mientras me ve alejarme hacia la puerta.

—¡Adiós! —Hago un saludo torpe con la mano y salgo de su habitación para bajar las escaleras.

—Cuéntamelo todo —dice Alina una vez que estoy en el coche con el corazón acelerado—. ¿Qué pasó allá arriba?

Algo pasó allá arriba, me digo a mí misma mientras pienso en la forma intensa en que me miraba.

Pero no tengo idea de qué.

CAPÍTULO CUATRO

Tucker

Son las tres de la madrugada y sigo mirando fijamente al maldito techo.

El sueño no llega por más que lo intente.

Cada vez que cierro los ojos, la veo a ella.

Nunca he conocido a nadie como Jane.

Tiene una inocencia angelical que me está atrapando. No me suelta. Nunca antes había experimentado algo así.

Pero junto con esa dulce inocencia hay una pasión ardiente que me hizo sentir vivo. No se intimidó en absoluto conmigo. No le importaba mi fama, ni mi tamaño, ni mi mal genio. Se mantuvo firme y con la cabeza en alto mientras me enfrentaba.

Fue en ese momento cuando me enamoré.

—*Basta* —gruño mientras abro los ojos y miro fijamente al techo—. *No quieres esto. No quieres nada de esto.*

Ella no es la chica para ti. Nadie lo es.

Arranco las sábanas de un tirón y me levanto con un gruñido.

Dormir no va a ser posible. No con este ángel en mi mente.

Me dirijo al sótano con el corazón acelerado. Necesito quemar algo de energía. Un partido habría sido bueno esta noche, pero desafortunadamente, teníamos descanso.

Mañana juego contra los Oakland Lumberjacks y luego tenemos otro partido en casa contra los Seattle Centaurs. Me pregunto si esa bestia de Clint Maddock estará de vuelta en el hielo para entonces.

Seguro que querrá otra oportunidad conmigo si es así.

Enciendo la luz en el sótano y me dirijo al saco de boxeo más pesado que tengo.

Tal vez esto lo sacará de mi sistema. Si esto no funciona, no sé qué lo hará. Tengo la sensación de que esta belleza me va a perseguir durante *mucho* tiempo.

Me quito la camiseta sudada, me pongo en posición frente al saco y empiezo a golpear hasta que mis nudillos se entumecen.

EL TIMBRE de mi portón suena y prácticamente corro por la casa para contestar.

—¿Sí? —digo mientras presiono el botón.

Mi corazón se detiene mientras espero una respuesta. Si es un repartidor, voy a perder la cabeza.

—*Hola*.

Es ella. Puedo saberlo de inmediato y mi corazón reacciona ferozmente, latiendo en mi pecho como un tambor de guerra.

—*Soy yo, Jane. ¿Puedes dejarme entrar?*

—Claro.

Presiono el botón y me paseo por el vestíbulo hasta que ella sube con su coche y lo aparca. No puedo evitar asomarme por la ventana para echarle un vistazo. He estado esperándolo toda la maldita noche.

Frunzo el ceño cuando veo su diminuto coche. Es demasiado pequeño. Demasiado frágil. No quiero que esté tan vulnerable mientras conduce. Voy a tener que conseguirle algo grande e indestructible. No puedo dejar que ande por ahí en esa cosa diminuta con todos los conductores locos que hay por ahí. ¿Y si le pasa algo?

Jane sale del coche y la brisa ondea su hermoso cabello rubio. Me agarro al pomo de la puerta buscando apoyo mientras mis piernas tiemblan y se debilitan por un segundo.

—Jane —susurro para mí mismo. Simplemente me encanta el sonido de su nombre. Es melódico. Es celestial. Ha estado repitiéndose en mi mente toda la mañana.

Hoy lleva unas grandes gafas de sol redondas. Quiero quitárselas y mirar otra vez esos hermosos ojos azules. Quiero verlos mirándome como si no fuera un monstruo.

Me aparto de la ventana cuando ella empieza a caminar hacia aquí con sus cosas.

Apenas puedo respirar mientras espero a que llame a la puerta. Esos pequeños nudillos golpean suavemente la puerta y tengo que contenerme para no abrirla de un tirón.

—¡Hola! —dice con un tono alegre y brillante cuando me ve.

Es difícil hablar delante de ella. Es como el sol iluminando mi oscuro día.

—Te he traído esto.

Saca un ramo de flores recogidas a mano de detrás de su espalda y sonríe mientras me ve mirarlas con confusión.

—¿Me has recogido flores?

Esa sonrisa es radiante. Va a estar en mi mente todo el día. Siento que se avecina otra noche sin dormir...

—¡Sí!

—¿Por qué?

Me da un ceño fruncido juguetón. —¿Me vas a decir que no te gustan las flores? Huelen bien y son bonitas. ¿Qué no hay que querer?

Me las mete en la mano y las acepto a regañadientes, sin saber qué hacer o decir. Me ha traído flores. Estoy tan conmovido.

—Pasa —digo mientras me hago a un lado y la dejo entrar—. ¿Dónde está Alina?

—Oh, ella vendrá en un rato —dice Jane mientras cuelga su bolso en un gancho y se quita las gafas de sol—. Pensé en venir temprano para ver cómo estabas. La hinchazón ha bajado y puedo ver tus dos hermosos ojos. Eso es una mejora.

¿Vino a ver cómo estaba? Un aleteo llena mi estómago mientras nos dirigimos a la cocina.

—Vas a querer ponerlas en agua —dice mientras dejo las flores en la encimera—. No te preocupes, lo haré yo. ¿Dónde tienes los jarrones?

Me quedo mirándola fijamente.

—¿Me estás diciendo que no tienes ni un solo jarrón en toda esta casa enorme?

Me encojo de hombros. —Nadie me ha traído flores antes.

—Oh, eso es tan triste —dice con el ceño fruncido—. Usaré un vaso.

Abre un par de armarios vacíos hasta que encuentra un vaso de cerveza. Mis ojos no se apartan de ella mientras lo llena de agua y arregla las hermosas flores amarillas dentro.

—Las estoy cultivando en mi balcón —dice mientras coloca el vaso en el centro de mi encimera—. Pensé que tu casa podría usar un toque de color. Es todo tan gris aquí.

—Me gusta el gris.

Se ríe mientras pasa junto a mí, rozando mi brazo con su mano. —Oh, lo sé. Es *muy* obvio.

—Estaba a punto de preparar el desayuno —le digo—. ¿Tienes hambre?

—¿Qué vas a comer? —me pregunta, mirándome con escepticismo—. ¿Una docena de huevos crudos y un batido de proteínas?

—¿Qué tal una tortilla?

—¡Vendido! —Tiene una gran sonrisa en su rostro mientras abre las persianas y mira el día soleado afuera. Es difícil concentrarme en sacar los ingredientes con ella sonriendo así. Solo quiero mirarla. Estoy tan distraído que accidentalmente saco una pechuga de pollo en lugar de los huevos.

Se sienta en el lado opuesto de la isla y me observa mientras empiezo a picar un pimiento.

—¿De dónde eres, Tucker?

—De Vermont.

—¡*Adoro* Vermont! —dice con una sonrisa alegre—. Bueno, en realidad nunca he estado allí, pero me ha encantado cada foto que he visto. ¿Lo echas de menos?

—No. No hay nada que extrañar.

—¡Tiene que haber algo que eches de menos!

—A veces echo de menos la nieve.

—Sí, debe ser agradable tener un cambio de este calor intenso. ¿Y tu familia? Debes extrañarlos.

—No tengo familia.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, luciendo preocupada—. ¿Y tu madre?

—Murió.

Sus manos vuelan a su boca. —¡Oh, no! Lo siento mucho. Eso es horrible.

—Fue hace mucho tiempo.

Dejo caer los pimientos picados en el bol y empiezo con los champiñones.

—¿Hace cuánto?

Me detengo un segundo para pensarlo. —Veintiséis años.

—¿Veintiséis años? ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y dos.

Ella jadea. —Eso significa que tenías... ¿*seis*? Oh, no. Tucker...

Mi corazón se detiene cuando veo sus ojos azules inundados de lágrimas.

No he estado cerca de muchas mujeres llorando y no sé cómo manejarlas. Nunca he consolado a una antes. Las mujeres siguen siendo un animal peculiar para mí. Siempre me siento fuera de mi elemento cuando estoy cerca de ellas.

Simplemente sigo picando y espero que se detenga pronto.

—¿Tu padre quedó destrozado? —pregunta mientras una lágrima se desliza por su mejilla.

—Nunca lo conocí.

—Pero... ¿Quién te crió?

¿Por qué estamos hablando de esto? Sucedió hace años.

—Mi padrastro.

Pone su mano en su corazón y me mira como si fuera un cachorro perdido o algo así. —Me alegro tanto de que tuvieras a alguien. ¿Eran solo ustedes dos?

—Sí.

—Debe haber sido un buen hombre para criarte él solo.

Bueno no es la palabra que elegiría para describir a Frank. Brutal. Implacable. Tiránico. Esas serían mejores palabras.

—Me dio muchas habilidades.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué habilidades?

Normalmente, sería más probable que noqueara a alguien antes de compartir voluntariamente algo de esto, pero no sé. Supongo que no puedo decirle que no a Jane.

—Habilidades de hockey. Habilidades de lucha.

—¿Habilidades de lucha? —Parece preocupada.

—El objetivo de Frank era convertirme en el mejor luchador en la historia del hockey. Me hacía pelear contra él dos veces al día y hacer horas de ejercicios de hockey desde temprano en la

mañana hasta tarde en la noche.

—Oh, vaya.

Esas lágrimas comienzan de nuevo. Mierda. Lo estoy haciendo todo mal.

—Aunque tiene un final feliz.

—¿Lo tiene? —No parece convencida.

—Lo logró. Por mucho.

—Tucker, ¿tenías que pelear contra tu padrastro? ¿Todos los días?

Me encojo de hombros mientras recojo los champiñones con mi cuchillo y los dejo caer en el bol. Ella observa mientras saco una cebolla y empiezo a rebanarla.

—Solo fue difícil durante los primeros diez años —le digo—. Después de eso, se volvió más fácil. Él era el que recibía una paliza todos los días.

Me río. Espero que ella también se ría, pero parece horrorizada.

—No todo fue malo —le digo—. Él me cuidaba a su manera retorcida. Y me dio este don. He ganado decenas de millones de dólares gracias a él.

—¿El don de golpear a la gente? —pregunta, mirándome con ojos tristes.

—*Exactamente* —digo, aliviado de que finalmente lo esté viendo desde mi punto de vista—. ¿Y tú? ¿Eres de San Antonio?

Estoy tan cautivado por ella que me olvido de continuar con la tortilla mientras la escucho contarme todo sobre su gran familia en Shakings, Colorado. Es muy unida a sus padres y a su hermano y dos hermanas.

Con cada palabra que dice, me enamoro un poco más.

Es más que un flechazo ahora. Me estoy obsesionando con esta chica. Puedo sentirlo formándose y fortaleciéndose dentro de mí. Va a estar en mi mente constantemente, puedo sentirlo.

Finalmente termino la primera tortilla cuando suena el timbre de la puerta.

—Debe ser Alina —dice Jane mientras deslizo el plato humeante frente a ella.

—¿Ya? —gruño por lo bajo mientras me dirijo a abrirle. Se me pasa por la mente el impulso de mantenerla fuera, pero lo descarto. No creo que a Jane le guste que sea grosero con su amiga de nuevo.

Dejo entrar a Alina y regreso a la cocina con mi chica. Está devorando la tortilla, lo que me hace sonreír. Me gusta una chica que sepa comer.

—¡Está taaaan buena! —dice con una sonrisa radiante.

Quiero invitarla a salir. Quiero salir de esta zona de amigos en la que estoy atrapado, pero soy un desastre cuando se trata de chicas. Sé cómo gruñirles y advertirles que se mantengan alejadas, pero no tengo otros movimientos.

Alina entra y sonríe con complicidad cuando ve a Jane en la barra de mi cocina.

—Qué bueno verte aquí tan temprano —dice con una sonrisa.

Las mejillas de Jane se tornan de un adorable tono rosa. Me pregunto a qué se debe...

—¿Estás lista para empezar? —pregunta Alina.

Jane salta del taburete con una sonrisa tímida. —¡Claro!

Me da una mirada prolongada, me agradece por la tortilla y luego se dirige hacia el sótano sin decir otra palabra.

—Oye, Jane —dice Alina mientras nos mira a mí y a ella—. Tengo una entrada extra para el partido de esta noche. Asientos de primera fila. ¿Quieres venir?

Jane se da la vuelta con una gran sonrisa en su rostro. —¿Estaría bien, Tucker?

—¿Vendrías a un partido? —pregunto, sintiendo como si mi pecho se inflara. Me encantaría ver su rostro detrás del cristal.

—Si me lo permites —dice con una sonrisa tímida.

Solo la miro fijamente, deseando desesperadamente que fuera mía. Me acercaría a ella y besaría sus suaves labios rosados ahora mismo.

—No le importa —dice Alina con una risa mientras agarra el brazo de Jane y la arrastra escaleras abajo—. ¡Nos vemos esta noche, Tucker!

Todo mi cuerpo duele cuando desaparece de mi vista.

Y mi obsesión crece.

CAPÍTULO CINCO

Jane

Estoy disfrutando del partido de hockey mucho más de lo que pensaba.

Es tan emocionante. El sonido de las cuchillas arañando el hielo y el *golpe* del disco rebotando contra las vallas. Me encanta la energía de la multitud con todos los '*oohs*' y '*aahs*' colectivos cuando los jugadores son embestidos contra las vallas con tanta fuerza que el cristal tiembla frente a mí.

Estamos en la primera fila detrás del portero, así que podemos oír todos los gruñidos de los jugadores y el golpeteo de los palos.

Me gusta también que haga frío aquí. Siempre me ha gustado llevar chaqueta y es la primera vez desde que llegué a Texas que he podido ponerme una.

—Sabía que te gustaría el hockey si le dabas una oportunidad —dice Alina, sonriendo mientras me ve sentada al borde de mi asiento.

—No está tan mal como pensaba —admito.

Las Hyenas están jugando contra los Leñadores de Oakland y vamos perdiendo por un punto en el tercer período. Vamos dos-tres a su favor con menos de cinco minutos por jugar.

Mi pulso comienza a acelerarse cuando cambian las líneas y Tucker salta sobre las vallas.

—¡Vamos, cariño! —grita Alina mientras aplaude. Sebastian también está en la pista ahora.

Me agarra la mano con un apretón de hierro. Cuando Sebastian roba el disco y hace un contraataque hacia la portería, le devuelvo el apretón.

—¡Vamos! —gritamos las dos a todo pulmón—. ¡Vamos, Sebastian! ¡Vamos!

Es muy hábil con el disco. Los dos Leñadores le dan hachazos con sus palos, pero Sebastian hace que parezca fácil mientras maniobra alrededor de ellos y lanza el disco a la red. Se desliza junto a las costillas del portero y todo el lugar estalla en vítores.

—¡Sí! —gritamos Alina y yo mientras nos aferramos la una a la otra, saltando arriba y abajo.

Sebastian le lanza un beso mientras patina y ella le devuelve como mil besos.

Mi corazón sigue acelerado cuando me siento y veo a Tucker agarrando su agua. Sus ojos se posan en mí y siento que mi centro se calienta.

Ha estado observándome toda la noche.

Estoy empezando a tener sentimientos por este hombre. Hay algo en él que no puedo quitarme de la cabeza.

Me siento atraída por él de una manera que nunca antes había sentido. Desde que se abrió conmigo, sigo viendo más allá de su exterior gruñón al pobre niño que perdió a su madre a una edad tan temprana.

—Admítelo —dice Alina cuando ve hacia dónde estoy mirando—. Te gusta, ¿verdad?

—Sí —digo con una sonrisa imparable creciendo en mi cara—. Es dulce.

—Le arrancó un diente al número doce con el puño en el último período —dice Alina con una risa—. Dulce no es como yo lo describiría.

—Solo es incomprendido —susurro mientras vuelven a jugar.

Es cierto que se metió en una pelea con un tipo del otro equipo, pero no quise mirar. Cuando los árbitros los separaron y lo enviaron al banquillo de penalización, Tucker murmuraba algo entre dientes y sacudía la cabeza como si estuviera decepcionado consigo mismo.

Aunque no fue tan malo como dijo Alina. El número doce todavía tiene todos sus dientes. Bueno, al menos los dientes con los que entró al partido.

El partido empatado continúa y el público está al borde de sus asientos ya que el tiempo se está agotando.

Con cincuenta y dos segundos por jugar, las Hyenas consiguen el disco en la zona de los otros jugadores. Saltamos a nuestros pies mientras se lo pasan de un lado a otro entre los jugadores. Tucker está atrás, controlando la acción.

—¡Vamos, chicos! —grita Alina a todo pulmón mientras el tiempo avanza.

Cuando el reloj marca cuarenta y tres segundos, alguien le pasa el disco a Tucker. Echa su palo hacia atrás y lo golpea contra el hielo en el momento exacto en que llega el disco. Su tiro fulminante envía el disco volando a la red entre las piernas del portero.

—¡Sí! —grito más fuerte que nadie. La multitud vitorea y saltamos arriba y abajo. El ruido en el estadio es ensordecedor mientras las Hyenas en el hielo saltan sobre Tucker para celebrar.

Tan pronto como se levanta, mira en mi dirección.

La adrenalina me bombea y le lanzo un beso sin pensar.

Esos labios sexys se curvan en una sonrisa. Todavía está sonriendo mientras patina de vuelta a su banquillo.

Alina está sonriendo, habiendo presenciado todo el intercambio.

—Quizás sí sea dulce —admite con una risita.

Me siento con una sonrisa que no se va.

Lo es. Es el más dulce.

CAPÍTULO SEIS

Tucker

—Gran partido, amigo —dice Harris dándome una palmada en el hombro desnudo.

Ganamos, así que el ambiente en el vestuario es festivo. Normalmente, estaría intentando largarme de aquí lo más rápido posible, pero hasta mi ánimo está por las nubes. Jane vino esta noche.

—¿Vi que te estabas conteniendo? —pregunta Harris, mirándome de reojo. Es valiente por preguntarme eso. En cualquier otra ocasión, no me tomaría bien una pregunta así.

Aunque sí que me contuve con ese imbécil del número doce. No quería corromper a Jane mostrándole mi lado violento. Le di un ligero puñetazo de advertencia y pude ver en sus ojos que no quería más.

Sebastian se acerca antes de que tenga que responder. —Gol increíble, Madre Tucker —dice con una sonrisa—. Me pregunto a qué velocidad iría ese tiro. Apenas vi cómo pasaba zumbando.

Agarro mi toalla mientras Austin viene pavoneándose después de su ducha. Es el novato del equipo, pero se cree la nueva estrella de la liga desde que fue la primera elección del draft.

—Oye, Sebastian —dice mientras se peina el pelo castaño mojado—. ¿Quién era esa rubia sentada al lado de Alina? Estaba *buenísima*.

Aprieto la mandíbula mientras me giro hacia él con una mirada feroz. Puedo sentir un gruñido posesivo subiendo por mi garganta.

Los ojos de Sebastian se abren de par en par mientras mira a Austin horrorizado. Empieza a hacer gestos cortantes con la mano sobre su garganta como si le suplicara que se callara.

—¿Qué pasa? —pregunta Austin—. ¿Por qué haces eso con tu garganta?

Es demasiado tarde. Mis instintos protectores están a flor de piel. Mis ojos están clavados en él. Quiero hacer que ese niño bonito pague por hablar así de mi chica.

—Déjame conseguir su Instagram para mandarle un DM —dice mientras saca su teléfono—. ¿Cómo se llama?

No sé qué significa DM, pero conociéndolo, probablemente tenga que ver con su polla. ¿Polla Magnética? ¿Polla Molesta? De cualquier manera, no se va a acercar a ella.

La rabia explota dentro de mí y me abalanzo sobre él con un gruñido. Le golpeo la mano y el teléfono sale volando por la habitación.

—¿Pero qué coño? —dice, mirándome sorprendido—. ¿A qué ha venido eso?

Lo agarro por el pelo mojado y le tiro la cabeza hacia atrás. Mi cara está justo frente a la suya.

—Esa es *mi* chica.

—Vale, vale —dice, levantando las manos frenéticamente en pánico—. ¡Es toda tuya, grandullón!

Sebastian y Harris se lanzan sobre mí, agarrándome cada uno de un brazo, pero no lo suelto. Quiero que quede jodidamente claro que Jane está fuera de su alcance.

—Tranquilo, Tucker —dice Sebastian, tirando de mi bíceps—. Él no lo sabía.

La puerta de la oficina del entrenador se abre de golpe y él sale gritando como un loco.

—Tucker, suéltalo de una puta vez —dice. Le doy un último tirón firme al pelo de Austin y luego lo suelto.

Tropieza con el banco mientras intenta huir de mí.

—¿Te estás conteniendo en el partido para guardar los golpes para el vestuario? —pregunta el entrenador Moss con una mirada penetrante.

Estoy respirando pesadamente mientras lo miro. Si no tuviera cincuenta y tantos años, también le daría un puñetazo a él.

Su rostro se suaviza mientras me devuelve la mirada. —Buen gol esta noche, Tucker.

Asiento mientras intento calmarme. Jane no querría que me peleara con mis compañeros de equipo.

—El resto de vosotros —grita el entrenador Moss—. No celebréis demasiado esta noche. Tenemos entrenamiento mañana y a Los Centauros en dos días. Descansad. Os veré mañana en el hielo. A las diez en *punto*.

—¿Qué te pasa, Tucker? —pregunta Harris cuando volvemos a estar solos—. Normalmente guardas esa agresividad para el hielo.

Gruño mientras agarro mi toalla.

—¿Así que esa es tu nueva novia? —pregunta.

Lo miro con furia a él también, pero luego me doy cuenta de que podría ayudarme. Harris es unos años mayor que yo. Tal vez sepa más sobre el amor que yo.

—Sí —digo con un resoplido—. Esa era mi chica. Aunque ella aún no lo sabe.

Harris se ríe mientras niega con la cabeza. —Entonces será mejor que se lo digas. Creo que a ella le gustaría saberlo.

—¿Estás casado? —le pregunto—. ¿Tienes al amor de tu vida?

Respira hondo mientras se quita un calcetín y lo tira a su taquilla. —No. La tuve una vez.

Pero... Joder, no soy el tipo adecuado para pedir consejos sobre el amor. He estado enganchado a la misma chica durante años.

—¿Por qué no la recuperas?

Su rostro se tensa mientras mira fijamente su taquilla durante un largo momento.

—No es tan fácil, ¿vale? ¿Quieres un consejo de un viejo patético y solitario? Simplemente dile a esta chica cómo te sientes. Necesitas honestidad en una relación.

Honestidad. Fui honesto con ella hoy y pareció gustarle. Tal vez tenga razón.

—Y la próxima vez que te enfrentes al novato —dice Harris, inclinándose hacia mí—, dale un golpe de mi parte. Ese cabrón está empezando a cabrearme.

CAPÍTULO SIETE

Jane

Me siento como una estrella de cine mientras pasamos junto a la larga fila fuera del bar restaurante de moda y entramos sin esperar. Sebastian le estrecha la mano al portero y le da una propina.

—Que disfruten su noche —dice mientras entro con Tucker.

Puedo notar que Tucker no suele venir a lugares como este, así que me hace sentir aún más especial que se haya esforzado por mí.

Alina y yo nos encontramos con los chicos fuera del vestuario y Sebastian sugirió que saliéramos los cuatro. Aparentemente, muchos jugadores de hockey vienen aquí después de los partidos. No son solo los Hyenas, sino también los equipos visitantes, así que hay una gran mezcla de jugadores y fanáticos.

La música es fuerte y animada mientras caminamos por el restaurante. Disminuyo el paso y deslizo mi mano en la de Tucker, sonriéndole.

Este no es su ambiente. Está escrito por toda su cara.

—Gracias por venir conmigo —le digo mientras aprieto su gran mano. Sus hombros tensos parecen relajarse un poco.

Sebastian nos consigue la mejor mesa de la casa: una mesa en la esquina elevada que domina toda la acción. El bar está lleno de atractivos camareros haciendo un espectáculo, lanzando al aire cocteleras de acero inoxidable y vertiéndolas en las copas de martini alineadas en la barra de concreto.

La gente está bailando al otro lado del lugar y entre medio hay mesas de personas bien vestidas manteniendo animadas conversaciones y camareros y camareras serpenteando entre ellas, sosteniendo platos y bebidas. Me gusta aquí. La energía me da un pequeño subidón. Normalmente tampoco vengo a lugares como este. No hay ningún sitio así en Shakings, Colorado. Ni de lejos.

—Te ves muy bien —le digo a Tucker cuando nos sentamos. Paso mi mano por su chaqueta deportiva y le sonrío. Lleva una camisa azul con cuello, vaqueros oscuros y bonitos zapatos marrones. Supongo que esperaba que llevara franela y vaqueros como dijo Alina, pero parece que tiene algunas sorpresas bajo la manga.

—Tú te ves impresionante como siempre —dice mientras me mira de arriba abajo. Puedo sentir un hormigueo recorriendo mi cuerpo con sus ojos marrones oscuros sobre mí.

Su cara se ve mucho mejor ahora. Todavía hay mucho color por los moretones, pero la hinchazón ha bajado y sus cortes parecen estar empezando a sanar. Es muy resistente para recuperarse tan rápido. Supongo que su cuerpo está acostumbrado con todas las peleas que ha tenido que soportar a lo largo de los años.

Sebastian pide una botella de champán a la guapa camarera y llega en un abrir y cerrar de ojos. Nunca había oído hablar de ella antes, pero parece terriblemente cara.

—Por nuestra victoria —dice Sebastian mientras todos levantamos nuestras copas en el centro de la mesa—. ¡Y por Tucker, que apareció en el momento crucial y anotó nuestro gol de la victoria!

Aww. Se está sonrojando.

Le estoy sonriendo mientras todos chocamos nuestras copas. Las burbujas del champán me hacen cosquillas en la nariz mientras doy un gran sorbo.

—Tucker, ¿estas damas te están tratando bien? —pregunta Sebastian con una sonrisa—. ¿En cuántos armarios te han metido?

—Tres —dice él.

—Cuando vea el trabajo terminado que estamos a punto de hacer —dice Alina, arqueando una ceja—, ¡va a querer que renovemos el resto también!

—Tal vez —dice Tucker mientras me lanza una mirada—. No me importaría tener a Jane cerca un poco más de tiempo.

—¿Y yo qué? —pregunta Alina con una risa.

—Más tiempo para que pasemos juntos a solas —dice Sebastian, y luego le besa la mejilla. Ella no puede dejar de sonreír. Es tan bonito verla enamorada.

Tres chicos se acercan a nuestra mesa con cervezas en las manos. —¿Qué hay, muchachos? —dice el del pelo negro corto peinado hacia un lado—. Golazo, Tucker. Bien hecho.

Tucker asiente hacia él.

—¿Quién es? —le susurro cuando empiezan a hablar con Sebastian.

—El del pelo negro es nuestro portero, Nolan Barlowe, el rubio es Edvard Svensson, y el que se esconde atrás es Austin Gambill.

Reconozco algunos de los nombres de las camisetas en el partido, pero no los conozco más allá de eso. No sigo el hockey en absoluto. Antes de la semana pasada, Sebastian Kemp era el único jugador de hockey que conocía y eso era porque Alina no paraba de hablar de él.

—Está bien, Austin —dice Sebastian con una risa—. Puedes acercarte. No te va a morder.

Austin le lanza a Tucker una mirada nerviosa y luego se acerca vacilante a la mesa. Estoy tratando de entender qué está pasando mientras miro la cara seria de Tucker mirándolo fijamente.

—Voy a... Necesito un... —Austin mira su botella de cerveza medio llena, se da la vuelta y sale corriendo. Todos los chicos excepto Tucker se ríen.

—¿De qué iba eso? —le susurro a Tucker cuando continúan hablando con Sebastian sobre el partido.

—Solo cosas de hombres —susurra con su voz profunda y baja—. El chico estaba husmeando donde no debía.

—Oh.

Me pregunto si eso tiene algo que ver conmigo, pero por la forma posesiva en que Tucker me está mirando, estoy bastante segura de que sí.

Los chicos se van y pedimos la cena. Terminamos la botella de champán y pedimos algunos cócteles para mantener la fiesta en marcha.

La gente sigue parando en nuestra mesa para hablar con nosotros, lo cual es divertido. Jugadores de los Hyenas, pero también fanáticos y jugadores de otros equipos. Los chicos juegan contra los Seattle Centaurs de nuevo mañana y algunos de los jugadores ya están en la ciudad.

Nunca había tenido una noche como esta antes. Me siento como si estuviera en la mesa popular de la cafetería de mi instituto.

El entrenador se pasa por aquí y es muy amable. Es un hombre guapo que desprende energía de zorro plateado. Una vez que se ha ido, Alina le pregunta a Sebastian si está casado y Sebastian dice que lleva años casado y tiene una hija.

Tucker se relaja cuando llega la cena y empieza a hablar un poco más. Nos hace reír varias veces cuando nos cuenta sobre la primera vez que le pidieron un autógrafo.

—El tipo me pidió mi firma y pensé que estaba tratando de estafarme —dice Tucker con una risita.

—Oh, no —dice Sebastian riendo—. ¿Qué hiciste?

—Lo agarré por la camisa, lo levanté del suelo y le dije que le rompería la mano si volvía a intentar estafar a alguien más.

Niego con la cabeza y me río a pesar de sentirme horrible por ese pobre hombre confundido.

—Cuando lo solté, salió corriendo por la calle tan rápido que podría haber ganado una medalla olímpica.

Todos nos reímos, imaginando la escena en nuestras mentes.

—Así que recibió la experiencia completa de Tucker McKinstry —dice Sebastian riendo—. Al menos tiene una buena historia que contar a sus amigos.

—¿Cuándo te diste cuenta de lo que habías hecho? —le pregunto, sonriéndole.

—Se le cayó el papel y cuando lo recogí, vi que era mi tarjeta de hockey. Ups.

Está negando con la cabeza, pero también riéndose. Me gusta un hombre que pueda reírse de sí mismo. Muestra madurez y fortaleza interior. Y simplemente hace que las cosas sean

divertidas.

Cuando terminamos de comer, la camarera despeja la mesa y se lleva nuestros platos. Tucker ni siquiera mira cuando ella se inclina con su escote frente a su cara. Secretamente me gusta un poco más después de eso. Son los pequeños detalles respetuosos los que cuentan para mí.

—¿Me acompañas al baño? —pregunta Alina mientras mira coquetamente a su hombre.

Sebastian toma su mano y se disculpan de nuestra mesa.

Mi corazón se acelera cuando finalmente estamos solos.

Me giro en mi asiento hacia Tucker y él también se gira, aunque su cuerpo masivo no le permite mucho espacio para girar.

—¿Disfrutaste el partido? —pregunta.

Me lamo los labios y asiento. —Fue increíble. Me divertí mucho.

—¿En serio? Temía que te aburrirías.

—¡Para nada! Fue divertido animarte. Solo me puse nerviosa con la pelea en el segundo período, pero no fue tan malo.

Baja la mirada y suspira. —Desafortunadamente, a veces tengo que pelear. Mi equipo necesita que los proteja.

—Lo sé —digo mientras tomo su gran mano entre las mías. Me encanta sentir su fuerza. Es como sostener la mano de un gigante. Sus ojos vuelven a los míos—. Está bien. Solo no quiero que te lastimes.

—Intentaré no pelear cuando estés en los partidos —dice—. Si quieres venir a otro.

—¡Me encantaría! —digo, emocionándome ante la idea de estar de nuevo en esa arena llena —. ¿Qué hay del partido de mañana? ¿Alina dijo que juegan contra los Centauros de Seattle?

Sonríe y eso me hace sentir mariposas por dentro. —Me encantaría que vinieras, Jane.

—Entonces iré.

Respira profundamente y me mira. —Quiero decirte algo. Quiero ser honesto contigo.

—De acuerdo —digo, inclinándome hacia adelante—. Puedes decírmelo.

—Me gustas. Mucho. No puedo dejar de pensar en ti. Estás en mi mente todo el tiempo.

Tiene una mirada tan honesta y vulnerable mientras espera mi respuesta.

Mi enamoramiento crece como un incendio descontrolado. Puedo sentir mi corazón latiendo con fuerza mientras lo miro.

A mí también me gusta. No hay juegos con él. Sin mentiras. Sin engaños. Solo pura honestidad y lealtad ciega. Sé lo raro que es eso en un hombre, especialmente en una celebridad que puede tener a cualquier chica que quiera. También sé que no es algo que deba darse por sentado. Es algo especial.

—Ven a bailar conmigo —digo mientras me pongo de pie. Todavía soy apenas más alta que él aunque esté sentado.

—¿Quieres... bailar?

—Quiero bailar *contigo*. Ven.

Se levanta a regañadientes y lo llevo a la pista de baile. Mantengo mi mano apretando la suya todo el camino.

El DJ está poniendo R&B suave de los 90 con el que podemos bailar. Suena *Get Me Home* de Foxy Brown y Blackstreet cuando me doy la vuelta entre sus grandes brazos.

—¿Te gusta bailar? —pregunto mientras envuelvo mis brazos alrededor de su grueso cuello y comienzo a mover mis caderas.

—No lo he hecho mucho —dice mientras me mira con una sonrisa nerviosa.

—Solo agárrate a mí y mueve tus caderas al ritmo.

Comienza a mover su cuerpo y en realidad es bastante bueno. Este hombre aprende rápido. No es solo un cabeza hueca. Estoy empezando a darme cuenta de que también es bastante inteligente y siempre se esfuerza por mí. Es dulce.

—Tú también me gustas —digo, sonriéndole.

—¿De verdad?

Asiento. —¿Alguna vez has tenido novia?

Niega con la cabeza. —Nunca.

—¿Te gustaría tener una?

Puedo sentir mis mejillas sonrojándose mientras espero su respuesta. Me está mirando como si fuera lo más precioso en su mundo. Me mira como si fuera algo que debe ser protegido. Algo que debe ser apreciado.

Puedo sentir su deseo irradiando de él y envolviéndome como una cálida manta. Nunca me había sentido tan atraída por alguien antes. Nunca había tenido una sensación como *esta*.

—Te quiero, Jane —dice, con clara angustia en su voz—. Eres la única que he querido jamás.

Mis ojos bajan a su boca. De repente, mis pies se levantan sobre las puntas y levanto mi barbilla. Él baja su boca, encontrándome a mitad de camino. Nos besamos en la pista de baile como si fuéramos las únicas dos personas aquí.

Gimo cuando separo mis labios y siento su lengua deslizándose contra la mía. Sabe *bien*. No quiero parar.

Para ser un hombre tan rudo, es un besador gentil. Aprecio la forma en que me cuida como si fuera tan delicada. En comparación con él, lo soy. Sus manos están sobre mí, tiernas pero fuertes. Siento su mano apretarse en mi espalda mientras me acerca más, presionando mi cuerpo contra el suyo.

El calor se precipita hacia mi centro mientras me besa mientras suena la canción sexy. La gente debe estar mirándonos, pero no me importa. Mantengo mis ojos cerrados y mi atención en Tucker.

Nunca pensé que me interesaría un hombre como él. Un hombre duro, gruñón y bruto que casi dobla mi tamaño no estaba en mi lista de posibles primeros novios, pero aquí estamos y no querría a nadie más.

Mi cabeza da vueltas de la mejor manera posible cuando finalmente terminamos el beso.

Estoy sonriendo tímidamente mientras lo miro. Él también está sonriendo.

Está a punto de decir algo cuando alguien lo empuja hacia adelante, justo contra mí. Su hombro duro y redondo golpea mi nariz y grito cuando mi cabeza se echa hacia atrás, el dolor atravesando mi cabeza. Casi me caigo, pero sus manos rápidas me atrapan cuando mis piernas se doblan.

—¿Qué demonios? —murmuro mientras la sangre empieza a salir de mi nariz. No está chorreando, pero es suficiente para avergonzarme en un lugar elegante como este.

Todo el mundo se vuelve para mirarnos.

—Ups —dice una voz profunda y sarcástica detrás de Tucker.

Tucker se da la vuelta y todo su cuerpo se tensa cuando ve a un tipo casi tan grande como él parado allí con una sonrisa satisfecha en su rostro. Su cara se ve más magullada y cortada que la de Tucker la otra noche.

Ese debe ser la bestia con la que Tucker se peleó. ¿Cómo dijo Alina que se llamaba? ¿Clint Maddock?

Las grandes manos de Tucker se cierran en puños. Puedo ver que está a punto de aplastar a ese tipo como Hulk hasta convertirlo en una masa sangrienta.

—Por favor, no lo hagas —digo mientras agarro su grueso antebrazo—. Está bien. Estoy bien.

Tucker está mirando fijamente al tipo como un pitbull territorial que observa a unos ladrones invadiendo su territorio.

—Tucker —digo, deslizando mi mano por su brazo flexionado—. *Por favor*.

El hechizo de violencia parece romperse y me mira con ojos suaves.

—Por favor, no pelees —le digo mientras la sangre gotea de mi nariz—. Llévame a casa. Eso es lo que quiero.

Tucker me mira por un largo momento y asiente.

Le lanza una última mirada furiosa a Maddock antes de rodearme con su brazo protector y guiarme fuera del bar.

—Sí, eso es lo que pensaba, cobarde —grita Maddock mientras nos vamos—. Te veré mañana en el hielo para la revancha, maricón.

Puedo notar que Tucker quiere callarlo, pero lo ignora y me lleva afuera hacia su camioneta.

Todos nos miran mientras abre la puerta y me ayuda a subir.

Esto es tan humillante.

Me da unos pañuelos y me los pongo en la nariz ensangrentada.

Quiero morirme cuando cierra la puerta y se apresura alrededor de la camioneta. Mi vestido favorito se arruinó. Toda la noche se arruinó.

Sube a la camioneta y me quita los pañuelos ensangrentados, dándome unos nuevos.

—Gracias —susurro mientras me limpio la barbilla con ellos. Creo que el sangrado se ha detenido. Él se ha girado en su asiento, viéndose muy preocupado mientras me observa mirarme

en el espejo de la visera.

—Creo que tengo una toallita húmeda por algún lado —dice mientras abre la consola central y busca en ella. Me da dos y las abro para limpiarme la cara.

—Lo siento mucho —dice, con dolor y angustia evidentes en su voz—. Nunca quise que salieras lastimada.

—No eres el único que es duro —digo con una sonrisa mientras cierro el espejo y me giro hacia él—. Solo fue un poco de sangre. Estoy bien.

Aunque mi nariz aún duele, lo deseo más que nunca. Reprimió sus impulsos violentos por mí. Se detuvo por mí.

Nunca he conocido a otro hombre que hiciera eso.

—Te llevaré a casa —dice mientras enciende el motor.

Pongo mi mano en su antebrazo y me mira.

—Llévame a tu casa en su lugar.

CAPÍTULO OCHO

Jane

De verdad, qué vergüenza. Claro, tenía que ser yo la que se hace una hemorragia nasal en el lugar más cool y de moda de la ciudad. Bueno, mi breve paso por la mesa de los niños populares no duró mucho. He vuelto a ser la consentida de los profesores, la empollona de las notas perfectas.

Ahora mi cara está limpia, pero mi vestido favorito está arruinado. El derramé sangre por todas las lindas volantes de la parte delantera.

No me imagino cómo me vería en la pista de baile. Ojos llorosos, sangre goteando sobre mis labios. Oh, cielos. Cada vez que Tucker piense en nuestro primer beso, va a ver mi cara ensangrentada y eso lo arruinará. Es una pena porque fue un primer beso épico.

En cierto modo, encaja. Él estaba sangrando cuando nos conocimos, y yo estaba sangrando cuando nos besamos por primera vez. El destino debe ser masoquista esta semana.

—Lo siento mucho, Jane —dice Tucker mientras aprieta el volante con sus grandes manos. Hemos salido de la ciudad y estamos entrando en la tranquila autopista. Ha lucido devastado todo el tiempo.

—No es tu culpa —le digo.

—Nunca quise que te lastimaras —dice, sacudiendo la cabeza. Puedo notar que se está maldiciendo mentalmente—. Odio haberte lastimado.

—Estoy bien.

—Es algo que nunca haría.

—Lo sé. Estoy bien. En serio.

No parece convencido. Puedo sentir la culpa y el dolor que emanan de él. Se siente horrible.

Me siento mal por él, pero también es un poco tierno lo preocupado que está.

—La gente se choca todo el tiempo, Tucker —le digo con una cálida sonrisa—. Fue solo un poco de sangre, pero estoy bien.

Respira profundamente mientras mira la autopista casi vacía.

—No creo que debamos estar juntos —dice finalmente.

Mi estómago se hunde. Me doy cuenta de lo mucho que no quiero que eso suceda. Lo mucho que me gusta. Lo atraída que estoy hacia él.

—No digas eso —susurro mientras me giro hacia él—. Fue un accidente.

Ni siquiera me mira. —Te lastimé. Nunca me perdonaré.

Es tan dulce. Nunca he tenido a alguien tan preocupado por mi seguridad. Sé que podré sentirme protegida y segura con este hombre cuidándome. Haría cualquier cosa por mantenerme a salvo, lo sé.

Ese pensamiento *me atrae* hacia él. Me deja sin aliento. Mi cuerpo comienza a desearlo de una manera nueva.

Suelto el cinturón de seguridad y me muevo en el asiento para quedar de frente a él. Él me mira rápidamente y luego mantiene los ojos en la carretera.

Mis ojos llenos de pasión recorren su gran cuerpo mientras un fuego se enciende en mi interior. Esos brazos gruesos... Esos musculosos muslos... Ese pecho... Dios, cómo amo ese pecho.

Empiezo a imaginármelo sin ropa y el fuego crece en mi vientre.

—Si estuviera herida, ¿podría hacer esto? —pregunto mientras me arrodillo en el asiento y acorto la distancia entre nosotros. Beso suavemente su mejilla, dejando que mi cabello le haga cosquillas en la piel.

Él inhala profundamente cuando me acerco a su boca. Está luchando por mantener su control. Estoy decidida a romperlo.

Beso la comisura de su boca y él deja escapar un gemido bajo.

Mis labios se deslizan hacia su cuello ancho. Beso un camino a lo largo de él.

Él comienza a respirar con dificultad. Aprieta y suelta las manos alrededor del volante, su cuerpo rígido y tenso mientras trato de relajarlo.

Deslizo mi palma por su bíceps duro, sintiendo la tremenda fuerza que hay en él con una sensación de asombro.

Me *encanta* su cuerpo. Es tan *enorme*. Tan fuerte. Algo primitivo despierta en mí al tocarlo —esa parte instintiva de toda mujer que quiere al hombre más grande y fuerte para que la proteja.

Sé que este hombre me protegerá. Incluso ahora, mantiene sus ojos en la carretera, tratando de mantenerme a salvo. Mi protección es *siempre* su prioridad número uno.

Paso mi mano sobre su hombro ancho y su pecho. Él inhala profundamente cuando deslizo mi palma sobre su estómago.

Mis ojos caen sobre sus musculosas piernas y dejo escapar un pequeño suspiro al ver la gruesa y larga protuberancia a lo largo de su muslo. Está duro.

No puedo apartar la vista de eso. La visión de su erección envía un calor furioso directo a mi

interior. Me muevo en el asiento y noto lo mojada que estoy. Mi deseo es innegable. Lo quiero. Y no quiero esperar.

Bajo mi mano sobre su muslo y lo acaricio mientras coloco mis labios a un centímetro de su oreja.

—¿Todavía quieres terminar conmigo? —susurro.

Él gime cuando presiono mis pechos contra su brazo.

—¿Ya no puedo ser tu chica? —pregunto con una vocecita inocente mientras deslizo mi mano un poco más arriba.

Su cabeza cae hacia atrás en el asiento mientras su respiración se vuelve áspera y rápida.

Sonrío, sintiéndome más audaz.

—¿Y ahora? —pregunto al llegar a la parte superior de su pierna. Un centímetro más y estaré en tierra prohibida.

Él deja escapar un gemido sexy, pero no responde. Solo mantiene esos ojos llenos de lujuria mirando al frente.

—¿Y ahora? —susurro con un tono ronco mientras deslizo mi palma sobre su grueso y duro miembro.

—Dios —susurra mientras muevo mi mano a lo largo de su longitud. Sus ojos se voltean por un segundo y su cuerpo se relaja.

Sigo frotándolo de un lado a otro mientras se me hace agua la boca. La sensación emocionante de su dureza hace que mi cuerpo duela de deseo. Nunca había estado tan excitada antes. Ni siquiera cerca. Cada pensamiento en mi cerebro está siendo consumido por este hombre. Lo quiero. De todas las maneras posibles.

—¿No quieres que sea tu chica? —susurro en su oído mientras sigo frotando su miembro, mis pezones duros presionando su bíceps. —¿Es eso lo que estás diciendo?

Él abre la boca y gime. —No. Yo...

—¿Me quieres, Tucker? ¿Quieres hacerme tuya?

Él cede. Su resistencia se derrumba.

Gira la cabeza y me sorprende el intenso deseo en sus sensuales ojos marrones. —Demasiado.

Sé en este momento que será una noche larga. No podremos resistirnos el uno al otro. No me levantaré virgen mañana.

Estoy empapada. Me muero por este hombre.

—¿Soy tu chica? —pregunto mientras beso su cara y sigo frotando su miembro.

—*Sí* —gruñe. —Para siempre.

—Eso es lo que me gusta escuchar —susurro.

Si soy su chica, puedo hacer lo que quiera con él.

Mi cuerpo se mueve en el asiento. Bajo la cabeza hacia su regazo, acercándome más a su erección. Se me hace agua la boca al ver cómo se tensa contra el interior de su pantalón. Está tan

duro en este momento.

Deslizo mi mano hasta su hebilla y él deja escapar un suspiro. Sonrío mientras lo miro y saco el cinturón de cuero.

Sus intensos ojos marrones están llenos de calor y pasión mientras me mira. —Eres mía, joder —.

La certeza en sus palabras... La convicción. La absoluta seguridad. Hacen que lo desee aún más.

Tiro del cinturón, abro el botón, bajo la cremallera y meto la mano en su pantalón.

—*Oh, sí*...— gime cuando envuelvo su grueso y carnoso miembro con mi mano.

Él levanta las caderas para facilitarme el acceso. Necesito ambas manos para sacarlo.

—Dios...— jadeo cuando sale, largo, duro y *palpitante*.

Lo miro fijamente durante unos segundos, asombrada por su tamaño y longitud. No sé qué esperaba de alguien tan grande como Tucker, pero no esperaba esto. Es un monstruo. Es una bestia.

Pero estoy dispuesta a intentar domarlo.

Me lamo los labios mientras lo recorro con la mirada, admirando cada espectacular centímetro. Es *hermoso*. Estoy fascinada. Es el primero que veo en persona, pero ya sé que nunca necesitaré otro.

Mi mano no llega a rodear por completo su miembro. Es demasiado grueso para eso. Siento el calor que palpita en mi mano mientras levanto la vista hacia su gran cabeza redonda. Una perla de líquido preseminal pegajoso rezuma por la hendidura superior.

Incluso sus enormes testículos masculinos son hermosos. Se ven tan llenos. Tan listos para descargar todo el semen caliente acumulado dentro de ellos.

Lo *anhelo*. Nunca he querido algo con tanta desesperación.

Siempre he sido una buena chica. Virginal y casta. Pero en este momento, quiero ser la pequeña zorra sucia de Tucker. Quiero escuchar más de esos gemidos carnales y profundos saliendo de él. Quiero hacerlo rugir.

Me lamo los labios y bajo la cabeza. Él deja escapar un gemido profundo cuando abro bien la boca y lo tomo dentro de mí.

—*Sí*— gruñe mientras estira mi pequeña boca hasta que mis ojos comienzan a llorar. Lo empujo más profundo, tan profundo como pueda, mientras acaricio el resto de su miembro con mi mano.

El embriagador sabor de su líquido preseminal llena mi boca y hace que mi coño palpite. Su pegajosa semilla se esparce por mi lengua mientras muevo la cabeza de arriba abajo, haciendo todo lo posible para complacerlo.

Puedo escuchar su respiración, áspera y entrecortada. Gruñe y jadea mientras paso mis labios apretados a lo largo de su miembro, tomándolo cada vez más profundo hasta que siento que mi reflejo nauseoso está a punto de activarse.

Las lágrimas caen por mis mejillas por forzarlo. No duele, *me encanta* la sensación, pero mis ojos no dejan de lagrimear por la presión.

Jadeo mientras lo saco y tomo un respiro. Añado mi segunda mano a su miembro y comienzo a masturbarlo con fuerza con ambas manos, retorciendo y deslizándome a lo largo de su grueso y húmedo palo.

Él gime con esos profundos y salvajes gemidos mientras trabajo su polla hasta que mis muñecas arden y mis manos están agarrotadas.

—Oh, mierda— gruñe mientras deja caer la cabeza sobre el reposacabezas. —Voy a correrme, nena. Me voy a correr, joder —.

Me inclino de nuevo y deslizo su gran cabeza dentro de mi boca mientras sigo trabajando su miembro. La tentadora idea de que se descargue en mi boca me da un segundo impulso de energía y lo tomo contra su poderosa polla.

Gimo mientras chupo su cabeza y lo masturbo con más fuerza.

Sus gemidos se vuelven más urgentes. Sus gruñidos, más feroces.

De repente, él deja escapar un rugido salvaje y su polla entra en erupción dentro de mi boca. Sostengo su cabeza contra mi lengua y siento cómo su carga brota en mi boca. La siento golpear la parte superior de mi boca y los lados de mis mejillas con una fuerza que me hace gemir. Cubre mi lengua y se desliza por mi garganta, cálida, sedosa y tan jodidamente deliciosa.

Chupo su cabeza hinchada, deseando más mientras lo bebo. Siento el calor viajar hacia mi pecho y aumenta el fuego que ya arde dentro de mí.

Cuando termina, retiro mi boca de él, pero no quiero soltarlo todavía. Me siento posesiva de esta polla. Es toda mía.

Miro hacia arriba y veo la cara complacida y satisfecha de Tucker—sus ojos entrecerrados, su respiración calmada y serena—y me siento conectada a él de una nueva manera.

Soy su chica y él es mi hombre.

Esta noche está yendo mejor de lo que podría haber esperado.

Ha sido la mejor noche de mi vida.

Y todavía no ha terminado.

CAPÍTULO NUEVE

Tucker

"Bueno... —dice Jane con una gran sonrisa en el rostro cuando estamos parados frente a mi casa. Es la chica más deslumbrante que he visto, ahí parada con un vestido negro espectacular, su cabello rubio recogido en una coleta. Un mechón de pelo enmarca cada lado de su hermoso rostro, haciéndola parecer un ángel.

No puedo creer que sea mía. No puedo creer que tenga la suerte de tener a una chica como ella.

Es increíble. Tengo que contener un gemido al recordar la imagen erótica de ella arrodillada en mi camioneta con su pequeña mano envuelta alrededor de mi polla.

La vista seductora de alguien tan inocente y puro haciendo algo tan carnal lo hacía aún más excitante. Ella no tiene idea de lo sexy que es. Ni de lo obsesionado que ya estoy con ella.

—¿Qué quieres hacer ahora? —pregunta mientras se levanta sobre las puntas de sus pies. Se mordisquea el labio inferior y me lanza una mirada coqueta.

Nunca sabrá lo loca que me vuelve.

—Esto —digo mientras avanzo y tomo suavemente su barbilla con mi mano. Inclino su cabeza hacia arriba, con cuidado de no lastimarla. Siempre tengo que recordar cuán delicada es ella. Cuán grande soy yo. Cómo las pequeñas cosas que hago sin pensar pueden lastimar a una chica frágil como ella.

Mi mirada cae sobre su boca exquisita. Sus labios rosados se separan y gruño con posesividad cuando veo un destello de su lengua húmeda.

La beso con fuerza. Más fuerte de lo que quiero, pero ella está poniendo a prueba mi control.

Siento que me endurezco de nuevo mientras saboreo su dulce boca. Ella desliza su lengua contra la mía y mi corazón se acelera. Mi cuerpo fuerte tiembla.

Sé que esta noche no hemos terminado de explorarnos el uno al otro.

Sé que no podremos mantener nuestras manos alejadas.

Ella se aleja suavemente y me mira a los ojos. —Vamos adentro —susurra antes de darme otro beso suave.

Siento su mano deslizarse en la mía y sus delgados dedos entrelazarse con mis grandes manos. Su mano es tan pequeña. Tan delicada comparada con la mía. Siento como si estuviera sosteniendo un pajarito.

—Podría tomar una bebida —dice mientras se dirige hacia la puerta. La sigo, preguntándome si esto es real. Toda mi vida ha parecido surrealista desde que la vi por primera vez.

Quizás Maddock me puso en coma y estoy tendido en algún hospital alucinando todo esto.

Pero es demasiado real para ser una alucinación.

El dulce aroma de su perfume en la brisa, el movimiento de su coleta, la suavidad de su piel. Todo es maravillosamente real.

Entramos y nos besamos un poco más en el recibidor antes de dirigirnos a la cocina.

—¿Qué tienes? —pregunta Jane mientras abre la nevera y mira dentro. Me encanta que ya se sienta como en casa. No quiero que se vaya. Quiero despertar junto a ella todas las mañanas.

Me siento en un taburete al otro lado de la isla y observo a mi chica. Mi mirada se dirige a su hermoso trasero mientras se inclina para mirar al fondo.

—Cerveza —dice mientras alcanza y agarra dos botellas—. Perfecto.

No puedo evitar sonreír cuando cierra la nevera con la cadera y coloca las botellas en la isla que hay entre nosotros.

—¿Tienes un destapador? —pregunta mientras abre un cajón al azar.

—Yo me encargo —digo mientras giro las tapas para abrirlas.

Sus ojos se abren de par en par y luego se ríe. —Esas no se abren a mano.

—Todas las botellas de cerveza se abren a mano para mí.

Ella sacude la cabeza mientras me sonríe asombrada. —¿Cómo es ser tan fuerte?

—Práctico —digo con una sonrisa—. Solo hago un viaje cuando descargo las compras del coche. No importa cuánta sea la carga.

Ella me mira con asombro. —Guau. Estoy tan celosa.

Me encanta hablar con ella. No creo que me cansara nunca de escuchar su voz.

Normalmente no soy de hablar mucho. He levantado muros con todos, pero ella simplemente los saltó como si ni siquiera se diera cuenta de que estaban allí. No recuerdo a la última persona con la que me haya sentido tan cómodo. Con la que me haya sentido tan seguro.

Cuando encuentras a alguien así, tienes que atesorarlo para siempre.

—¿Cómo es ser tan hermosa? —le pregunto.

Ella me sonríe y luego toma un sorbo de su cerveza. —Puedo coquetear con el jugador de hockey más sexy de la liga.

—¿Sebastian?

Ella pone los ojos en blanco. —*No*. Tú.

—Hay muchos hombres más guapos que yo.

—Eres el hombre más sexy que he conocido —dice mientras baja su botella a la isla y se acerca, balanceando esas hermosas caderas.

Respira hondo mientras camina entre mis piernas y acaricia mi mejilla. Su olor embriagador llena mis pulmones y ese fuego que ha estado ardiendo en mi pecho vuelve a rugir.

Necesito *probarla*.

Ahora.

Ella grita de sorpresa cuando tomo sus caderas y la levanto fácilmente sobre la isla.

Las sonrisas desaparecen mientras nos miramos con miradas ardientes. El aire se carga de lujuría. Ella se lame los labios.

—¿En qué piensas, señor McKinstry? —pregunta con una voz ronca y sensual.

—En ti. Siempre en ti.

Deslizo mis manos por los costados de sus muslos y las meto bajo su vestido.

—Oh, Dios —susurra mientras se inclina hacia atrás, agarrando el borde de la isla de granito.

Meto los dedos en la cintura de sus bragas y comienzo a bajarlas.

Su pecho comienza a moverse arriba y abajo más rápido a medida que aumenta su respiración. La mirada lujuriosa en su rostro hace que mi polla dura *me duela*.

Le quito las bragas del todo y las meto en el bolsillo interior de mi chaqueta. Me las quedo. Nunca las recuperará.

Vuelvo mi atención a su cuerpo. Apenas puedo respirar sabiendo que no hay nada cubriendo su jugoso coño, aparte de la parte inferior de su vestido, que ya está subido por encima de las rodillas.

La agarro y ella emite un sonido sensual y quejumbroso.

—¿Quieres que mire? —le pregunto con una voz baja y ronca.

Ella asiente con la cabeza, la pura inocencia en sus ojos azules contrastando salvajemente con el momento sensual y erótico.

Tomo una respiración profunda, preparándome, y luego levanto lentamente su vestido. Ella tiembla cuando su hermoso sexo queda al descubierto.

Mis rodillas flaquean, pero me mantengo firme en mi lugar, mirando con asombro su perfecto y rosado sexo.

Ya está húmeda. Sus suaves pliegues brillan. Su coño está lista para mí. Lista para que lo pruebe. Para que lo toque. Para que lo reclame.

Mis ojos se dirigen a los de ella. Me mira con una mezcla de excitación e inseguridad. De necesidad y timidez.

No tiene por qué ser tímida. Es lo más deslumbrante que he visto en mi vida.

—Eres hermosa —digo con un tono ronco mientras bajo la mirada hacia su húmedo sexo—. Eres la primera mujer que voy a tener, Jane. La primera y la última, te lo prometo.

—¿En serio? —pregunta en un susurro.

Trago saliva duramente mientras la miro de nuevo. —Eres la única que he deseado.

—Tú también serás mi primero —dice, sonriendo con timidez—. Eres el primero en verme así.

Agarro la nuca de su cuello y aplasto mis labios contra los suyos, besando su boca como si fuera a besar su virgen coño.

He estado intentando no pensar en su pasado. Sabía que si descubría que había estado con otro hombre, querría rastrearlo y matarlo por tomar lo que me pertenecía.

Pero ahora puedo estar tranquilo. Puedo relajarme y disfrutar de este momento increíble sabiendo que no ha habido nadie más.

Separo mi boca de la suya cuando el anhelo se vuelve insoportable. El anhelo de verlo... De probarlo...

Ella gime cuando me arrodillo, envuelvo sus piernas con mis brazos y acerco su desnudo sexo a mi cara.

Lo contemplo durante un largo momento, tan agradecido de que haya mantenido su zona más íntima intacta para mí. Me acerco más e inhalo por la nariz. Su delicioso y embriagador aroma llena mi pecho y hace que mi corazón se acelere.

Deslizo mi lengua por su húmeda hendidura con un lento y largo lamido, y todo su cuerpo tiembla. Ella echa la cabeza hacia atrás y me regala un gemido sensual mientras lo hago una y otra vez. Cuando sus muslos tiemblan, meto mi lengua en su apretado y húmedo agujero y pruebo su dulce miel.

Mi cuerpo cobra vida como nunca antes. Cada pensamiento se concentra en la suavidad de su coño mientras deslizo mi lengua por sus sedosos pliegues y beso su clítoris.

Podría hacer esto durante *horas*. Nunca me cansaría de estar entre estos suaves muslos probando su dulzura.

Pruebo todo tipo de cosas para ver qué le gusta. Chupo su clítoris. Le doy a su coño golpes firmes de mi lengua, así como suaves. Trazo su entrada con mi lengua y luego la empujo hacia dentro. Por los sonidos sensuales de sus gemidos y gritos, está disfrutando de todo.

Mi polla es una varilla de hormigón en mis pantalones. Estoy más duro que nunca. Esta belleza me está llevando más allá de mis límites.

La necesidad de sentir este pequeño y hermoso coño corriéndose en mi boca se vuelve insoportable. Aumento la intensidad, lamiendo y chupando su jugoso sexo mientras separo más sus piernas.

Sus desesperados gritos llenan mi cocina. Sus piernas tiemblan a mi alrededor. El jugo caliente de su coño se desliza por mi barbilla mientras entierro mi boca contra ella, sin que mi lengua se detenga ni un segundo.

—¡*Sí!* —grita mientras la acerco a mi boca y la devoro—. ¡*Dios mío... Tucker*...

Su cuerpo se sacude y grita cuando el orgasmo la domina. Se agarra al mostrador, su cuerpo tiembla. Tiene los ojos fuertemente cerrados y la boca abierta mientras la parte más intensa atraviesa su interior como un huracán.

Mantengo mi boca en su coño, lamiendo sus dulces jugos vírgenes, deseando que sienta tanto placer como sea posible.

Las olas de éxtasis recorren su cuerpo, dejándola temblando sobre el mostrador.

Sus profundos gritos se convierten en suaves gemidos y quejidos mientras lamo suavemente su coño mientras ella baja de su clímax.

Sus piernas tiemblan cuando me mira con una ardiente pasión en sus oscuros ojos. —Gracias —susurra sin aliento.

La miro a sus brillantes ojos. —No, Jane. Gracias a *ti* —respondo igual de sin aliento.

No quiero parar, pero ella se retuerce y se aleja de mí, todavía sin aliento y temblando.

La observo con ojos hambrientos, dejando que se recupere. Tiene la mano sobre su rostro y las rodillas pegadas al pecho mientras intenta recuperar el aliento.

Me encanta que no haya hecho ningún esfuerzo por cubrir su sexo. Todavía puedo verlo bajo su vestido.

—¿Estás bien? —susurro cuando finalmente se ha recuperado.

Abre los ojos con dificultad y me mira, moviendo la cabeza con una sonrisa cansada en su hermoso rostro. —Eso fue... *intenso*.

Le doy unos segundos más hasta que me mira con determinación en sus ojos.

—Habitación —dice con una voz grave y ronca—. Llévame a tu habitación.

No tiene que pedírmelo dos veces. Me levanto, tomo su cintura y la lanzo sobre mi hombro. Ella gime mientras aprieto su suave trasero y la llevo escaleras arriba.

La llevo a mi habitación principal y la coloco de rodillas en la gran cama king size.

—Brazos arriba —ordeno mientras agarro su vestido—. Nos quitamos esto.

Ella hace lo que le digo, levantando los brazos para que pueda quitarle el vestido por encima de la cabeza. Esos ojos sexys y ansiosos me recorren mientras retrocedo y me quito la chaqueta. La tiro sobre una silla y empiezo a trabajar en mis gemelos, sacándolos uno a uno mientras mis ojos hambrientos recorren su vientre desnudo y sus pechos, todavía cubiertos por el sujetador.

—El sujetador también —gruño con voz ronca—. Quítatelo todo.

Ella abre el sujetador y se lo quita mientras yo observo conteniendo la respiración. Me quito los gemelos y empiezo a trabajar en los botones de mi camisa, pero cuando ella deja caer el sujetador y esos deliciosos pechos caen, tengo que ir hacia ellos. Abro mi camisa de un tirón, enviando botones volando, luego me la quito y voy hacia ella.

Acurrúco sus suaves pechos en mis manos fuertes y arrastro mi lengua sobre un pezón duro mientras ella observa y gime.

Está tan jodidamente sexy. Podría mirarla durante horas, pero ya hemos pasado de eso. Habrá tiempo para admirar cada centímetro de ella más tarde, pero ahora mismo, necesito estar dentro de ella. Necesito dominar y reclamar su coño virgen. Es todo en lo que puedo concentrarme.

Chupo sus pezones mientras ella agarra mi cinturón y saca la correa de la hebilla hasta que mis pantalones caen. Su traviesa manita se desliza dentro de mis calzoncillos y envuelve mi

polla.

Suelto sus pechos y beso su boca mientras ella me masturba, enviando cálidos escalofríos por mi columna vertebral.

Esta mujer ya está obsesionada con mi polla. Espera a que sienta cómo la estiro desde dentro. Nunca querrá soltarme.

Agarro la parte de atrás de sus rodillas y la levanto. Ella cae de espaldas con un grito y luego se ríe sorprendida.

La risa se detiene cuando agarro mi dura polla y me subo encima de ella. Sus ojos de repente se llenan de emoción, de lujuria, de necesidad.

Tomo mi lugar entre sus piernas abiertas, hundiendo el colchón mientras guío la gruesa cabeza de mi polla hacia su pequeño y apretado acceso.

Ya está gimiendo de anticipación. Todo mi cuerpo está quieto y tenso mientras presiono un poco más, separando sus húmedos labios.

Nuestras miradas se encuentran. —¿Lista?

Ella asiente. —Tómame.

Con un gruñido posesivo, me meto dentro de su cálida y apretada humedad, tomando su virginidad y reclamándola para siempre. Está tan mojada que puedo entrar hasta el fondo con un solo y fuerte empuje de caderas.

—*Oh Dios,* —grita mientras sus uñas se clavan en mi espalda. Su columna se arquea sobre el colchón y grita mientras yo aprieto los dientes, incapaz de creer lo apretado que está su pequeño coño. Sus suaves y cálidas paredes interiores aprietan mi polla como si intentaran estrangularla.

—Esa es mi chica —susurro mientras ella cierra los ojos con fuerza, tratando de acostumbrarse a mi tamaño. No creo que haya respirado en todo este tiempo.

Pongo mi pulgar sobre su clítoris y lo froto en círculos lentos para ayudarla a relajarse. Tarda un minuto, pero finalmente su espalda cae sobre el colchón y comienza a respirar de nuevo.

Sus ojos encuentran los míos y odio ver dolor en ellos. También hay placer, pero sé que soy grande para ella. Esto no puede ser fácil.

Ella agarra la parte trasera de mi cuello y me atrae hacia su boca. La beso con fuerza, introduciendo mi lengua en su boca y distrayéndola con un beso posesivo.

Eventualmente, su coño comienza a aflojar un poco ese apretón mortal que tiene sobre mi polla. Comienzo a moverme hacia adelante y hacia atrás mientras observo su coño virgen tomando una polla dura por primera vez. Los movimientos se hacen más largos, las embestidas un poco más fuertes, hasta que me toma por completo con gemidos y quejidos sensuales.

—*Sí* —grita mientras le doy profundo en su coño. Esas uñas arañan mi espalda y me encanta.

Necesito *preñar* a esta chica. Necesito plantar un bebé dentro de ella y hacerla mía.

El pensamiento vívido y profundo se apodera de mi mente hasta que es todo en lo que puedo pensar. Quiero que esté preñada. La quiero mía en todos los sentidos.

—Ven —gruño mientras de repente me saco de ella.

Ella envuelve sus piernas alrededor de mí y gime de frustración mientras intenta atraerme de nuevo. —*No*. No te vayas…

Me pongo de rodillas, teniendo cuidado de no aplastarla, y agarro su cuerpo y la doy la vuelta. Ella se acomoda sobre sus manos y rodillas con ese delicioso culo moviéndose en el aire.

No puedo resistirme. Me inclino y arrastro mi lengua por su húmeda raja y sobre su pequeño y apretado ano rosado.

Su cuerpo tiembla de placer mientras lo hago de nuevo.

—Eso es —digo mientras agarro la base de mi polla firme y la deslizo de nuevo dentro de ella. Ella baja la cabeza y gime profundamente, agarrando puñados de las sábanas.

Con mis manos agarrando su culo redondo, me deslizo dentro y fuera de su calor, llenando a mi chica con mi palpitante polla.

El gran cabecero comienza a golpear la pared mientras la hago mía. Miro hacia abajo, maravillado por la hermosa vista de mi polla desnuda entrando y saliendo de su coño. Mi rabo está lleno de su crema. Su pequeño ano apretado me hace la boca agua.

—¿Te gusta tomar mi polla? —gruño.

—*¡Oh!* —grita. —Es tan *grande*.

Sonrío mientras embisto más fuerte y más rápido, follándola como he estado deseando desde que vi su rostro deslumbrante por primera vez.

Su apretado coño me *aprieta* con cada embestida. No voy a durar mucho más. Quiero que el momento dure, pero también estoy obsesionado con la idea de llenar su vientre con mi semen caliente. Quiero cubrir su interior con él.

Puedes hacer esto todos los días ahora, me recuerdo a mí mismo.

Ella es completamente mía ahora. Puedo meter mi gran polla en este dulce coño cuando quiera.

—Quiero que te corras en mi polla —gruño mientras aumento el ritmo, follándola hasta que prácticamente grita. —Déjate ir, cariño.

—Estoy cerca —gime, sus tetas balanceándose de un lado a otro con el movimiento de mis caderas. —*Tan* cerca.

Agarro su coleta rubia y le echo la cabeza hacia atrás mientras la follo más fuerte.

—Correte en mí —ordeno. —Correte en mí *ahora*.

Ella grita mientras otro poderoso orgasmo la golpea. Aprieto los dientes, follándola a través de él. Los músculos de su coño se aprietan alrededor de mi polla, intentando sacar el semen de mis bolas mientras se corre por toda mi rabo.

Se siente tan jodidamente bien. Siento que un orgasmo se acerca...

Rápido... Fuerte...

Echo la cabeza hacia atrás y rugo mientras el orgasmo me atraviesa, el calor me domina mientras entierro mi polla profundamente en su coño.

Ráfaga tras ráfaga de semen caliente sale de mi dura polla hacia su apretado coñito. Es

suficiente para llenar su vientre. Es suficiente para preñarla.

Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando la última gota me abandona y entra en ella.

Nada la está deteniendo de quedar embarazada ahora. Es mía. Totalmente mía.

Me deslizo dentro y fuera lentamente unas cuantas veces más, hasta que la intensidad es demasiada para ambos y tengo que retirarme.

Jane se desploma sobre la cama. Me siento sobre mis talones, admirando su hermoso cuerpo sonrojado antes de que el cansancio también me sobrecoja a mí.

Aún puedo ver las marcas rojas de mis dedos en sus suaves nalgas. Fui demasiado brusco. Pero a ella no pareció importarle.

Mis ojos se posan en su rojo y hinchado sexo. Parte de mi semen está saliendo, pero, de nuevo, ella no parece importarle.

Recorro con la mirada su cuerpo desnudo y sonrío cuando veo su rostro. Ya está dormida, con los ojos cerrados, su cara tan tranquila y serena.

Me encanta que ya se sienta tan segura conmigo. Tan protegida y a salvo.

Voy a tratar bien a esta chica. Voy a poner sus deseos por encima de todo lo demás.

Tomo las sábanas, las cubro sobre su cuerpo y me acuesto a su lado. Ella gime cuando pongo mi brazo alrededor de ella, sosteniéndola con protección.

Es mía.

Y así será siempre.

CAPÍTULO DIEZ

Tucker

Me estoy vistiendo en el vestuario antes del partido cuando Harris se me acerca con cara de preocupación.

—¿Qué demonios pasó en el club con tu chica? —pregunta Harris.

Aprieto los dientes y me trago un gruñido solo de pensarlo. Esa imagen de Jane sangrando por la nariz me perseguirá para siempre.

—No quiero hablar de eso.

Me siento en el banco con un bufido y empiezo a atarme los patines, tirando de los cordones hasta que se me clavan en las manos con tanta fuerza que duele.

—¿La golpeaste?

—*¡¿Qué?!* —exclamo girando la cabeza de golpe, mirándolo con una intención asesina. Tiene suerte de que me caiga bien o ya estaría probando mis nudillos.

Retrocede, mostrándome las manos en señal de rendición.

—No fui yo —digo, respirando hondo para intentar calmarme—. Fue Maddock.

—Vaya, vaya —dice con un silbido bajo—. ¿Vas a darle otra paliza esta noche? —Se frota las manos con emoción—. Esto va a ser épico.

—No va a pasar —gruño mientras vuelvo a mis cordones—. No voy a pelear con él.

—¿Qué? —dice Harris, mirándome con sorpresa y confusión—. ¿Por qué no? Ese es tu rollo.

Ya no lo es. Jane es mi rollo ahora. Ella estará mirando y no quiero decepcionarla metiéndome en otra pelea brutal. Quiero que esté orgullosa de mí. Quiero ser el tipo de hombre que ella respete.

—Quizás esto te haga cambiar de opinión —dice Harris mientras saca su teléfono.

—No lo hará.

—No estés tan seguro —dice mientras lo desbloquea—. La razón por la que te pregunté es por esto. Mira lo que Maddock está diciendo de ti en línea.

Me muestra su teléfono y se me cae el alma a los pies. Es una foto en su Instagram de la cara ensangrentada de Jane.

El pie de foto me pone *furioso*.

Miren lo que Tucker McKinstry le hizo a su chica anoche en el bar. Solo un marica golpearía a una mujer.

Una rabia violenta se apodera de cada centímetro de mi cuerpo. Dejo escapar un rugido furioso y golpeo mi casillero con toda mi fuerza. La puerta de metal se hunde como si la hubiera golpeado un meteorito.

Quiero *matarlo*. Lo quiero *muerto*.

Quiero ver su sangre en el hielo. *Toda*.

Tengo los músculos en tensión y me siento inquieto por todas partes mientras fantasías de venganza recorren mi mente.

Pero entonces el hermoso rostro de Jane aparece en mi mente y me calma un poco.

Pienso en anoche y en tenerla en mis brazos y me calma un poco más.

Ella es lo único que importa. No un imbécil hablando mierda de mí en línea.

Aún quiero hacerle pagar.

Pero no lo haré.

Mi chica es lo primero.

Siempre.

ES el segundo periodo y Maddock está actuando más arrogante que nunca. Patina por el hielo como si fuera el dueño del lugar.

Es un golpe bajo tras otro y estoy tratando de mantener la calma. Estoy tratando de mantener la compostura.

Lo hago por Jane. Lo hago por nosotros.

Edvard está patinando a lo largo de las bandas después de pasar el disco a Austin. Maddock va cargando con su palo en el aire. Cuando el árbitro está distraído, baja el palo como un tomahawk y golpea a Edvard en la muñeca.

Los árbitros puede que no lo hayan visto, pero el público sí y *no* están contentos. Rugidos de indignación y luego un abucheo colectivo llena el estadio.

Estoy mirando desde el banquillo con la sangre hirviendo.

—McKinstry —grita el entrenador—. Entra ahí y dale otra lección a ese imbécil.

Salto por encima de las bandas mientras Edvard sale, agarrándose el brazo y haciendo una mueca de dolor.

Tomo mi posición mientras el juego continúa. Austin dispara a la portería y rebota hacia la multitud.

El árbitro hace sonar el silbato y los jugadores se relajan, algunos se dirigen a los banquillos para un cambio de línea. Yo acabo de entrar así que me quedo en el hielo.

Maddock se acerca deslizándose con una sonrisa de suficiencia en su rostro. Mis manos se aferran a mi palo de hockey mientras lo miro fijamente.

—Vi a tu linda putita en primera fila —dice con una sonrisa—. Tal vez quiera venir a nuestro vestuario después. Le montaré un tren.

Estoy a punto de ir por su garganta, pero veo el cabello rubio de Jane por el rabillo del ojo. Me giro para mirarla, y luego me trago mi rabia.

En su lugar, patino a mi posición.

Puedo oír al imbécil riéndose mientras se alinea al otro lado del círculo.

El árbitro suelta el disco y los palos se golpean entre sí mientras Sebastian y el otro centro intentan atraparlo.

Sebastian lo engancha y lo pasa a Harris, pero justo cuando llega, también lo hace Maddock. Golpea su hombro contra la cara de Harris —otro maldito golpe bajo— y el veterano cae de rodillas. Maddock no ha terminado. Se cierne sobre él y empuja su hombro.

Me apresuro y agarro la camiseta de Maddock, apartándolo de mi amigo. Puede que no esté peleando esta noche, pero tampoco voy a dejar que nos pisotee.

Maddock se gira y sonríe cuando me ve.

Se quita los guantes y se pone en guardia. La multitud enloquece, emocionada por ver otra pelea épica.

Cualquier otra noche, estaría tirando mis guantes y lanzándome contra él con un abandono temerario, pero Jane está aquí...

No quiero que se sienta decepcionada conmigo.

Todo el estadio está de pie. Todos los ojos están puestos en nosotros. Puedo sentir la carga eléctrica de la emoción en el aire.

Suelto un suspiro, me aferro a mi palo y me alejo patinando.

—Sí, eso es lo que pensaba —grita Maddock, pero apenas puedo oírlo por encima de los abucheos.

Paso patinando junto a Jane y ella me sonríe nerviosamente.

Los abucheos se hacen más fuertes.

Esta gente puede abuchear todo lo que quiera.

La única opinión que me importa es la de ella.

Ella es la única que importa.

CAPÍTULO ONCE

Jane

—¡Ese tipo es un verdadero abusón! —exclamo mientras mi pulso se acelera. Acaba de golpear a alguien por la espalda y se ha reído mientras patinaba lejos.

Al público no le gusta, y a mí tampoco.

Estoy sentada en primera fila con Alina, y ella se enfurece cada vez que Maddock golpea a su Sebastian. Creo que podría trepar el cristal, saltar al hielo y patearle el trasero ella misma.

—¡Vamos! —grita un tipo bocazas desde unas filas más atrás—. ¡McKinstry tiene que salir ahí y patearle el culo!

Todos a su alrededor parecen estar de acuerdo.

Le sonrío nerviosamente a Alina. Sé que ella también quiere que Tucker le patee el trasero.

Siento mariposas en el estómago al pensar en mi chico saliendo ahí y resultando herido. ¡Todavía puedo ver su cara hinchada y magullada, y eso fue de una pelea que ganó! ¿Y si pierde la próxima pelea? No puedo soportar verlo así. Ni siquiera quiero pensarlo.

El disco vuela hacia nuestra zona. Los jugadores salen tras él, pero Maddock empuja a nuestro portero —ese chico simpático, Nolan, al que conocimos en el restaurante— y lo tira al suelo. Maddock se ríe mientras se aleja patinando.

El entrenador Moss le grita mientras pasa patinando. Maddock le hace una peineta.

Todo el banquillo de las Hyenas se pone en pie, gritándole. Todos excepto Tucker. Él se queda sentado tranquilamente.

Mi corazón late con furia mientras veo a este imbécil acosando a mis nuevos amigos.

—¡Está faltando el respeto a todo el equipo! —grita el bocazas detrás de mí—. ¡Esto es una mierda!

El disco sale por encima del cristal y el árbitro hace sonar su silbato. Siento un escalofrío de emoción cuando las Hyenas cambian de línea y Tucker sale al hielo.

—¡Vamos, cariño! —grito, aplaudiendo.

Mi emoción se convierte en nervios cuando veo que Maddock se queda en el hielo. Ha estado intentando provocar a mi chico para que pelee toda la noche.

—¡Vamos, Hyenas! —grita Alina mientras golpea el cristal—. *¡Auuuuu!*

Los chicos se alinean mientras el árbitro sostiene el disco sobre el círculo en el hielo. Los ojos marrones de Tucker se desvían hacia mí por un segundo antes de volver a concentrarse en el juego. El disco cae y todos estallan en acción.

Estamos sentadas detrás del portero de los Centauros, así que podemos verlo todo. Está justo delante de nosotras.

Harris pasa el disco a Austin, quien lo pasa a alguien que no conozco. Rebota en su palo y golpea las bandas justo frente a nosotras.

Oh, no.

Tanto Tucker como Maddock van a por él.

Tucker llega primero, tratando de sacar el disco, pero Maddock va a por él. Va a por sangre. Ignorando el disco, se lanza contra Tucker como un camión fuera de control. Las bandas se sacuden violentamente cuando mi chico es aplastado contra ellas.

—No... —jadeo cuando veo la cara de Tucker siendo aplastada contra el cristal. Maddock está forzando su cara contra el cristal con el antebrazo. Mientras tanto, el disco está en el otro lado de la pista y todos los demás jugadores están patinando tras él. Tucker y Maddock son los únicos que quedan aquí.

—¡Déjalo en paz! —grito mientras Maddock golpea a mi chico en las costillas dos veces.

Tucker no devuelve los golpes.

Lo está haciendo por mí. Sé que es así.

El amor y la gratitud me invaden al verlo. Este hombre es increíble. Está poniendo mis deseos y a mí por encima de todo lo demás.

Siempre estaré agradecida por ello.

Pero ya es suficiente.

Siempre es mejor ser amable. Creo firmemente en eso.

Pero me estoy dando cuenta de que a veces ser amable significa hacer lo que puedas para protegerte a ti mismo y a tus amigos. Significa defenderte. Significa patearle el trasero a ese gran abusón.

Maddock se ríe mientras golpea a Tucker una vez más y se aleja patinando.

Los ojos de Tucker se dirigen a mí mientras se levanta, a punto de volver al juego.

—¡Espera! —grito.

Él duda.

—¡Pateale el culo!

Me mira ladeando la cabeza. —¿Estás segura? —articula con los labios.

Asiento con un fuego ardiendo en mi vientre. —¡Dale una paliza!

Sus sensuales labios se curvan en una sonrisa. Me lanza un beso y luego se aleja patinando

con un estallido de energía.

—¡Oh, mierda, esto va a ser bueno! —dice Alina, apretándome la mano.

No siento ningún temor. Solo emoción.

Esto es hockey. Empiezo a entenderlo ahora. Y estoy empezando a amarlo.

Maddock está peleando con Harris por el disco junto a las bandas cuando Tucker se lanza hacia allí con la cabeza baja. Deja caer su palo en medio de la pista y arroja sus guantes mientras va directamente hacia la bestia desagradable.

El público estalla y se pone de pie.

Maddock presiente algo y se da la vuelta. Sonríe y suelta a Harris cuando ve a Tucker acercándose.

Se quita los guantes. El público se vuelve más ruidoso.

—¡Acaba con él, McKinstry! —grito mientras todos a mi alrededor gritan y vitorean. El público está electrizado. Nunca he sido parte de algo así antes. Es increíble.

Los dos gigantes se enfrentan con los puños apretados. Los pequeños árbitros ni siquiera intentan interponerse en el camino de estos gladiadores.

Maddock está sonriendo y actuando con arrogancia, tratando esto como si fuera un juego. Tucker no está sonriendo. Esto no es un juego para él. Tiene un trabajo que hacer y mi hombre es metódico y está decidido a llevarlo a cabo.

Maddock lanza el primer puñetazo. Falla. Tucker conecta con un fuerte golpe de derecha, haciendo tambalearse al matón.

Después de eso, es solo una ráfaga de puñetazos. Se agarran las camisetas con la mano izquierda y empiezan a golpearse con la derecha. Sus cascos salen volando cuando sus cabezas se echan hacia atrás por el impacto. Me estremezco al verlos asestar un bombazo tras otro. Tucker encaja cada golpe y devuelve más fuerte de lo que recibe.

—*¡Sí!* —grita Alina cuando las piernas de Maddock finalmente tiemblan—. ¡Acaba con él, McKinstry!

Los puñetazos de Maddock salen lentos y cansados. Está sangrando por varios sitios. Parece que solo quiere que termine mientras mira con cansancio a Tucker, que sigue fuerte.

Se metió con el hombre equivocado. Se metió con *mi* hombre y esto es lo que se merece.

—¡Vamos, cariño! —grito—. ¡Acaba con él!

Mi pulso se acelera mientras observo. Mis entrañas parecen vibrar con el rugido de la multitud.

Tucker lanza un fuerte uppercut que todos en la arena pueden oír. La cabeza de Maddock se echa hacia atrás. El sudor vuela de su pelo. Todo su cuerpo se tensa. Y cae. Con fuerza.

Se acabó.

Maddock está inconsciente.

La multitud está ensordecedoramente ruidosa mientras vitorea a mi hombre. Hace que el maldito lugar se venga abajo.

Tucker se pasa una mano por el pelo sudoroso y me busca entre la multitud. Le lanzo mil besos mientras me sonríe. Un fino hilo de sangre le cae de la ceja izquierda, pero sé que mi hombre puede soportarlo. Es más duro de lo que jamás pensé que un ser humano podría ser.

—¿Qué está haciendo? —le grito a Alina por encima del rugido de la multitud cuando Tucker agarra el patín de Maddock y empieza a arrastrarlo.

—Es su famosa jugada —me grita ella con una gran sonrisa en la cara—. ¡Le gusta restregárselo un poco!

A la multitud le encanta mientras Tucker arrastra al inconsciente coloso hasta el banquillo de los Centauros y lo deja caer como un saco de patatas.

Me río mientras se aleja patinando, con el público enloquecido.

—Parece que te lo estás pasando bien —dice Alina con una sonrisa.

Niego con la cabeza, incapaz de borrar la sonrisa de mi cara. —Empiezo a ver el atractivo de este juego.

Ella me rodea con el brazo y se ríe. —¡Lo sé, ¿verdad?!

Tucker patina hacia nosotras y rodea la portería. Sus ojos están fijos en mí mientras toda esta sección estalla en nuevos vítores.

Se detiene justo frente a mí. Mi corazón late con fuerza.

—Te amo, Jane —dice a través del cristal—. Te amo con todo mi corazón.

—¡Yo también te amo! —le grito mientras dos árbitros se acercan corriendo. Agarran los brazos de Tucker y empiezan a forcejear para apartarlo. Sus ojos nunca dejan los míos, con una gran sonrisa en su cara ensangrentada, mientras deja que los árbitros lo lleven al banquillo de penalizaciones.

Me doy la vuelta y miro a todos los emocionados aficionados al hockey.

—¡Ese es mi novio! —grito con orgullo. Todos vitorean—. ¡Es todo mío!

EPÍLOGO

Jane

Ocho años después...

—Precioso —me digo a mí misma mientras ajusto una gran flor naranja y doy un paso atrás para admirar el arreglo. Tucker salió a hacer la compra esta mañana y volvió con flores para mí. Sabe cuánto me encantan, así que siempre me sorprende con un ramo fresco.

Sonrío al recordar la primera vez que entré en esta casa y pensé que era tan sombría y deprimente. Ya no es así. Tucker me dejó redecorarla una vez que me mudé, poco después de que empezáramos a salir.

Me deshice de las aburridas paredes grises y le di a la casa un lavado de cara colorido muy necesario. Encontramos algunas obras de arte bonitas y llenamos la casa con muebles elegantes pero cómodos. Empezó a sentirse como un hogar para ambos.

Era perfecto. Todo estaba limpio y siempre en su lugar.

Hasta que nuestra primogénita April aprendió a caminar. Entonces, fue el caos. El mejor tipo de caos.

Pongo algo de música alegre y empiezo a preparar el almuerzo. Es un bonito sábado de primavera y Tucker se llevó a nuestras tres niñas al parque. Es tan dulce así.

Esas niñas lo tienen envuelto alrededor de sus dedos, es tan entrañable verlo. No hay nada que no haga por ellas.

Es un gigante gentil con esas niñas, igual que lo es conmigo. Nunca tiene una palabra dura para ninguna de nosotras. Siempre es tan paciente y amable.

Me siento tan afortunada de tenerlo.

—Vaya —digo mientras agarro la encimera sorprendida. El bebé en mi vientre acaba de patear por primera vez—. Bueno, hola, señor Lucas. ¿Vas a ser poderoso como tu papá?

Patea de nuevo como si me estuviera respondiendo que sí.

Después de tener tres niñas, finalmente le estoy dando a Tucker un hijo. Estoy de diecisiete semanas de embarazo y ya se me nota mucho. Este niño va a ser grande como su padre.

Todavía estoy trabajando con Alina y sigo amándolo. Me hizo directora hace unos años y estoy muy orgullosa de la empresa que hemos construido. La hemos hecho crecer a más de cien empleados y crecimos mucho en el proceso. Ella pasó de ser mi jefa a ser mi mejor amiga. Adoro a esa chica.

Tucker está jubilado ahora. Ya no hay más peleas en su vida, lo cual me alivia aunque me excitaba cada vez que lo veía patear el trasero de algún gran matón.

Pasa sus días con nuestras niñas y apoyándome en mi carrera. Parece más feliz estos días de lo que lo he visto nunca antes. Hay una paz en su alma que faltaba cuando nos conocimos.

—¡Haz el avión, papi!

Sonrío cuando escucho la voz chillona de mi hija del medio, Maeve, resonando en el patio trasero.

Me dirijo a la ventana y siento una ola de calidez entrando en mi pecho cuando veo a Maeve sentada en los anchos hombros de Tucker. Él está tirando del carro detrás de él con April y nuestra más pequeña, Ophelia, sentadas en él.

—¡Vamos, papi, vamos! —chilla Maeve mientras agarra dos puñados de su pelo.

Tucker suelta el carro y empieza a correr por el patio con Maeve gritando de alegría sobre sus hombros. Su pelo rubio ondea en el viento mientras muestra la sonrisa más grande que he visto jamás.

Por supuesto, April y Ophelia piden su turno después y observo con la mano en mi vientre cómo Tucker le da un turno a cada niña, corriendo por el patio con ellas sobre sus hombros.

Me encanta cómo este hombre protector nos cuida. Siempre está vigilando a nuestra familia y asegurándose de que todas estemos a salvo. Me siento tan amada y protegida por él.

Una vez que los paseos en avión terminan, Tucker pone a las tres niñas en el columpio del patio, saca un ramo fresco de flores recogidas a mano del carro y viene a la puerta trasera.

Rápidamente me arreglo el pelo y le sonrío mientras entra.

Su rostro se ilumina cuando me ve.

—Para ti, mi amor —dice mientras me entrega las bonitas flores amarillas—. Maeve las cogió del jardín del señor Thompson cuando no estaba mirando, así que mantenlas en secreto.

Me río mientras las tomo. Me besa en la mejilla.

—Esa es una amenaza para el vecindario —digo, sintiendo mis mejillas sonrojarse con la atención de este hermoso hombre sobre mí. Todavía me hace sonrojar después de todos estos años.

Pongo las flores en la encimera para más tarde y agarro su gruesa muñeca.

—Siente esto —digo mientras pongo su enorme palma en mi vientre. Lucas parece darse cuenta de que su padre está aquí y ya está presumiendo. Empieza a patear como loco.

—Vaya —dice Tucker, con una gran sonrisa amorosa en su rostro—. Eres increíble.

—No soy yo la que está pateando —digo con una risa.

Él niega con la cabeza.

—Sigues siendo increíble, Jane. Eres la mujer más increíble que he conocido jamás.

Mi cabeza se inclina hacia atrás mientras él se inclina y me besa. Hemos hecho esto tantas veces, pero cada beso de Tucker sigue sintiéndose mágico.

Gimo cuando se aparta.

Me está mirando con ojos ardientes y empiezo a retorcerme, sabiendo lo que significa esa mirada. Significa que el almuerzo va a retrasarse.

—Déjame darles paletas heladas a estos monstruos —dice Tucker mientras se apresura al congelador—, y luego volveré para darte una paleta a ti.

Me río mientras agarra tres paletas heladas de colores y se apresura afuera.

Mi pecho se siente tan feliz y lleno mientras lo veo arrancar los envoltorios y darle una a cada una de nuestras niñas. Eso las mantendrá ocupadas por un rato.

Ya estoy húmeda de deseo cuando vuelve a entrar y me mira con un gruñido hambriento.

—Estoy lista para esa paleta ahora —digo mientras me levanto el vestido y me inclino sobre la encimera—. ¿Es una dura?

—Tan jodidamente duro —dice mientras se acerca y saca su enorme verga.

Me agarra el culo con firmeza y guía su gran polla hacia mi dolorido y húmedo coño. Ahogo un grito cuando embiste profundamente.

Cada centímetro de mi coño está repleto de su gruesa y gloriosa polla.

Bajo la cabeza y me concentro en la increíble sensación de él deslizándose dentro y fuera, dentro y fuera, hasta que exploto sobre su verga con un orgasmo dichoso.

Mi hombre se hunde profundamente y tiembla mientras llena mi coño con su semen. Me encanta escuchar los gruñidos masculinos que hace. Me encanta sentir sus fuertes manos apretando mi cintura. Me encanta todo.

Vivo para estos momentos.

Estos momentos en los que demuestra que soy toda suya.

Y que estaremos juntos para siempre.

EPÍLOGO

Tucker

Treinta años después...

Estoy de pie entre bastidores con el productor de la Gala de Premios de Hockey, esperando a que me diga que salga. Voy a presentar el premio a la mejor pelea de hockey de la década.

Los nominados son buenos, pero nada supera mis clásicas batallas con Clint Maddock. Siguen ocupando siempre el primer y segundo puesto en las listas de las mejores peleas de hockey de todos los tiempos.

—Bien —dice el productor mientras me entrega el trofeo y me hace una señal—. ¡Adelante!

Respiro hondo, me aliso la chaqueta del traje y camino con calma hacia el podio en el centro del escenario.

Es un evento elegante con jugadores de la liga, figuras de los medios deportivos y leyendas del juego, todos mezclados entre el público. Reconozco tantas caras mientras tomo mi lugar frente al micrófono.

Pero mis ojos se dirigen al único rostro que me interesa ver. Mi hermosa Jane está sentada en nuestra mesa, sonriéndome radiante. Solo verla hace que los nervios desaparezcan.

—Está prohibido pelear en el hockey —digo al micrófono—. Pero romper las reglas es tan divertido.

El público ríe ligeramente.

—Estos son los nominados a la mejor pelea de hockey de la...

—¡Eh, McKinstry! —ruge una voz profunda y atronadora por todo el teatro—. ¡Tengo cuentas pendientes contigo!

Aprieto los dientes mientras Clint Maddock —con sus casi setenta años, pero aún una bestia — sube corriendo las escaleras hacia el escenario. Coloco el trofeo en el podio mientras lo miro fijamente.

El público se agita de emoción mientras me remango la chaqueta y avanzo con paso firme para enfrentarme a él.

Nos miramos fijamente, la tensión es palpable en el aire, mientras nos encaramos como en los viejos tiempos.

La tensión estalla, pero en lugar de golpearnos la cara, nos agachamos y jugamos a piedra, papel o tijera.

El público estalla en carcajadas.

Él gana una partida, yo gano dos.

El público lo disfruta mientras paso mi brazo alrededor de él y nos dirigimos juntos al podio.

Hemos sido buenos amigos desde hace unos cinco años. Estábamos los dos en un evento benéfico firmando equipamiento para los fans cuando la señora que organizaba el evento nos sentó juntos. No sabía nada de hockey ni de nuestra gran rivalidad, y cuando intenté explicárselo, no le importó demasiado.

—Ya son hombres adultos —dijo severamente antes de marcharse apresuradamente—. Arréglenlo.

Al final de las ocho horas, éramos amigos.

Resulta que somos más parecidos de lo que pensábamos. Somos como dos gotas de agua con la misma mentalidad protectora, dura y guerrera.

El público sigue riendo mientras nos colocamos frente al micrófono. No se esperaban esto.

—Los nominados a la mejor pelea de hockey son —dice Clint con una sonrisa.

—Sánchez y Ackerman —digo yo.

Él se inclina para el siguiente. —Warner y Baker.

Nos alternamos para el resto y luego anunciamos al ganador.

Mantengo los ojos fijos en mi perfecta esposa mientras Warner y Baker suben a aceptar el trofeo.

Cada uno dice unas palabras, pero apenas escucho. Estoy concentrado en mi Jane. Siempre estoy concentrado en ella.

Está tan impresionante con su vestido plateado brillante, sonriéndome ampliamente.

La adoro.

Tenemos cinco hijos, dos nietos y uno más en camino. Han sido maravillosos treinta y ocho años juntos.

Mi vida ha estado llena de amor, llena de pasión y llena de gratitud durante estas últimas tres décadas y media. Todo es gracias a ella.

Es mi chica.

Mi alma gemela.

Mi todo.

El fin.

¡Más de esta serie disponible pronto!

Descubre los libros de Olivia T. Turner
https://www.oliviatturner.com/espanol.html

***

Ve directamente a Amazon.es.
https://www.amazon.es/stores/Olivia-T.-Turner/author/B06XYXNTHJ



Perdido en las montañas

Los Chicos de la Montaña Greene

Libro 1

Olivia Turner

Obtén el libro aquí

Tomé un giro equivocado en estas locas carreteras de montaña en medio de una intensa tormenta y ahora estoy atascada.

La carretera es puro barro. O incluso podría ser arenas movedizas por la forma en que está tragándose mis neumáticos.

No voy a ninguna parte.

Lo cual es un fastidio porque tengo un lugar importante al que ir.

Soy la dama de honor en la boda de montaña de mi mejor amiga y la cena de ensayo es mañana.

¿Cómo demonios voy a llegar a tiempo?

No hay nadie alrededor para ayudar y si me alejo, probablemente termine siendo la cena de un

oso grizzly.
Necesito un hombre.
Un hombre de montaña grande y musculoso para sacar mi coche del barro.
Y justo cuando estoy en mi momento más desesperado, uno aparece.
Tyler Becker.
Grandes músculos, tatuajes atractivos y una barba que podría hacer que una monja reconsidere sus decisiones de vida.
Sale de la camioneta como un sueño hecho realidad.
Y aquí estoy yo, pareciendo una pesadilla.
Mojada, malhumorada y cubierta de barro.
Pero por alguna razón loca, este guapo hombre de montaña está bastante prendado de mí.
Parece un poco obsesionado.
Para alguien que estaba irremediablemente perdida hace un minuto, De repente me siento encontrada...

Carrie puede estar perdida, pero está exactamente donde necesita estar: en los grandes brazos tatuados de un ardiente hombre de montaña posesivo. ¡Este alfa obsesivo sabe cómo tratar bien a una chica de ciudad!

Amor instantáneo con diferencia de edad en su máxima expresión en una lectura SEGURA sin infidelidades y con un final feliz súper dulce garantizado. ¡Disfrútalo!

Obtén el libro aquí



Tú. Yo. Cama. Ahora.
Olivia Turner

Obtén el libro aquí

Es mi primer día como nueva reportera cubriendo al famoso equipo de rugby de Nueva Zelanda.
Soy estadounidense y no sé nada de rugby, pero después de dar un paso dentro del vestuario tras el partido, me he convertido en una *gran* fanática.
Estos hombres enormes y rudos son verdaderos alfas.
Y hay uno que destaca por encima de los demás.Akea Saluni.
El dios samoano.
Cubierto de tatuajes tribales, este hombre cincelado tiene músculos *por doquier*.
Él pone el 'ahh' en samoano.
Hace que La Roca parezca un guijarro.
Me pone de rodillas.
Y una vez que este hombre posesivo posa sus ojos oscuros en mí, es exactamente donde voy a

quedarme...

¡¡¡Oh sí!!! Nos dirigimos a Nueva Zelanda por un jugador de rugby samoano que busca anotar con su única y verdadera. Exagerado. Amor instantáneo. Y por supuesto, ¡un final feliz dulce como el azúcar garantizado!
Ya sabes cómo lo hacemos. Agarra este libro y deja que Akea te ponga de rodillas...

Obtén el libro aquí